

disparos sólo cayeron ocho ó diez aves; las focas, aunque parecían muy abundantes, no se dejaban coger, y ántes de que estuvieran á tiro el cazador, se metían en sus agujeros.

Las observaciones científicas no se descuidaban, sin embargo. Poco despues de partir Nordenskiold, principió el Doctor Wykander una serie de curiosísimas observaciones sobre el péndulo; las mareas eran tambien objeto de especial estudio: en la alta y en la baja se hacían, durante una hora, observaciones precisas de cinco en cinco minutos.

Un agradable cambio sobrevino en la naturaleza á mediados de mayo.

Brilló el sol libre de nubes; el aire se puso tan puro como sólo en Spitzberga puede serlo; abundaron más las aves, y se vieron aparecer diminutos lagos á no largas distancias.

Entónces salieron dos nuevas expediciones: una que tuvo que volverse á los dos días, para ir á donde estaban los pescadores noruegos, y otra que llegó hasta la punta Verlegen, edificó allí un cairn, pequeños monumentos de piedras ó trozos de hielo y madera que levantan los exploradores árticos para dejar en ellos víveres ó documentos, que caso de naufragio ó accidente sirvan de indicador á quienes vengan en su auxilio, y depositó en él documentos relativos á la situación y trabajos de la expedición.

En esto llegaron Nordenskiold y sus compañeros, llenos de salud, y rebosando de alegría por los resultados que habían alcanzado durante el viaje de trienio.

El espíritu de los marineros se levantó; emprendiéronse con más ardor las observaciones científicas y la caza; los lapones volvieron á empuñar las escopetas, y en un solo día mataron diez y nueve piezas de pluma, que vinieron como llovidas del cielo para alivio de los enfermos.

A medida que la nieve se derretía, iba descubriendo plantas excelentes para combatir los efectos del escorbuto; la saxifragia (*saxifraga ribularis*), vulgarmente conocida por el nombre de «quebranta-peñas», principiaba á abrir los rojos cálices de sus flores; hasta los insectos salían del largo sueño invernal y hallaban vida en la templada atmósfera de la primavera.

*
**

El día 29 de mayo hubo serios deshielos en la bahía; el día 30 sopló una brisa bastante fresca, que, arrastrando el ya roto hielo hácia la bahía Wijde, despejó gran parte de la bahía Mused: al fin veían los expedicionarios brillar, á los rayos del sol, una dilatada llanura de agua, que llegaba desde la punta Verlegen hasta la punta de la Bienvenida.

Al día siguiente subió el termómetro, por primera vez durante la invernada, á un grado sobre cero; por la tarde. Christian y un lapón, que habían ido á reconocer la bahía, volvieron con una foca y multitud de aves.

El día 5 de junio, Von Holten y cuatro hombres de la tripulación del Gladan, se embarcaron en un bote velero é hicieron rumbo para Noruega.

Un día despues veían los suecos acercarse lentamente á la costa una vela; el pabellón nacional ondeó sobre los topes de los buques y sobre el cañerón de invernada; la vela comprendió las señales, y, dirigiéndose resueltamente hácia la bahía, ancló junto á ella.

Era una chalupa llamada Sólida, procedente de Hammerfest; su capitán dió á Nordenskiold la noticia del fallecimiento del Rey Carlos XV y de otro individuo de la familia real, cuyo nombre no recordaba el marino; dijo tambien que no sabía se hubiese mandado buque alguno

en auxilio de la expedición, que había visto muchos barcos pescadores al Norte de la bahía Mussel, dos de ellos muy cerca, y que gran número de cazadores de morsas, que se vieron sorprendidos por el invierno en Spitzberga, habían vuelto á Noruega, despues de difícilísima travesía, mientras otros muchos invernaron en Spitzberga, sin que hasta entónces fuera conocida su suerte.

Los dos barcos pescadores de que habló el capitan de la Sólida aparecieron muy luégo: uno de ellos traía cartas y provisiones para los expedicionarios.

El día 9 volvió Von Holten con su bote velero y sus cuatro hombres; no había podido llegar más que hasta punta Gris (Grey Hook), donde recogió un documento qu había dejado, en el antiguo campamento de Mattilas, el veterano ártico: Mattilas, había muerto durante la invernada.

*
* *

El día 12 entró en la bahía un vapor, que al principio creyeron los expedicionarios sería una cañonera sueca: era el Diana, buque inglés de propiedad particular, cuyo dueño regaló á Nordenskiöld y á sus compañeros un buen surtido de provisiones frescas; el donativo fué de de tal género, y llegó tan oportunamente, que salvó la vida á mas de un enfermo.

Los suecos podían ya estar tranquilos en cuanto á víveres. El tiempo tambien mejoró.

Los hielos que aún quedaban en la bahía iban desapareciendo; cuando estuvo despejada la mitad de ella, Von Krusenskierna decidió cortar un canal en el hielo, que aún separaba del mar libre á los buques.

La operación se hacía con grandes sierras, y principió el día 20 de junio: to-

do el mundo trabajaba con indecible ardor; poco importaban la humedad, el cansancio, la ceguera, estando tan próxima la salvación.

La esperanza de salir pronto de la cárcel de hielo y lo abundante de las provisiones, ejercieron poderosa influencia en los expedicionarios; el escorbuto desapareció como por encanto, los cojos abandonaron sus muletas, la alegría y la animación reemplazaron á la tristeza y al decaimiento del crudo mes de mayo.

Palander y sus compañeros regresaron tambien á poco: fué un día de regocijo, porque ya se reunían los viajeros para no volver á separarse; los expedicionarios volvieron desconocidos, con las barbas largas é incultas, y negros los rostros por el humo del fuego que encendían dentro de la tienda.

*
* *

Había sido, en verdad, lástima que la expedición polar tuviera que disolverse en la isla Phipps; pero los suecos se consolaron con la idea de que habían hecho cuanto era posible hacer, que el viaje por los ventisqueros de la Tierra del Nordeste era único en su género y resultó de gran valor, y que las observaciones compiladas iban á aumentar muy considerablemente las nociones científicas existentes sobre las tierras árticas.

El día 2 por la tarde, quedó terminado el canal una hora despues, el *Onkel Adam* y el *Gladan* anclaron en medio del mar libre, entre los vivos de los expedicionarios; á las ocho de aquella misma noche el *Onkel Adam* levó anclas, y seguido del *Gladan* se dirigió á Noruega.

El Polhem tenía que permanecer todavía algun tiempo en las costas de Spitzberga, y no salió de la bahía Mussel has el día 1.º de Julio, y aún así dejando al doctor Wijkander y á algunos hombres

en tierra, para que luego que terminaran sus observaciones científicas lo dispusiesen todo para el regreso.

El Polhem se dirigió á Punta Gris para cumplir con el triste deber de enterrar los restos de Mattilas. En Punta Gris, Mattilas y su compañero de invernada habían vuelto boca abajo dos botes, y cubriéndolos con velas y lonas se formaron un abrigo sólido: allí fué donde murieron.

«Mattilas», dice Kjellman, «merecimos que nadie el título de veterano ártico.

»Durante cuarenta y dos veranos ha surcado su frágil embarcación las frías olas del mar de hielo, desafiando todos los peligros y todos los sufrimientos. Con reverencia nos descubrimos ante la tumba de aquel valiente y de su oscuro compañero: habían luchado heroicamente, y murieron como hombres que saben morir.

»Conmoveras son las frases que dejaron escritas en su diario, pintando su agonía. Los últimos días ni aun siquiera tenían fuerzas para coger la pluma y dar al mundo el último adiós y al cielo labienvvenida. La muerte había principiado ya su callada tarea... en breve la siguió la salvación eterna.»

Las noticias que luego se tuvieron de los diez y siete hombres que en el último otoño habían ido al fiord del hielo para pasar la invernada en el cabo Thordsen, también eran tristísimas: los diez y siete habían muerto de escorbuto.

El Polhem salió de Punta Gris el día 2 por la mañana, y se dirigió á las siete islas; después de cruzar por varios puntos de la costa durante medio mes, tornó á la bahía Mussel, y recogiendo á los individuos de la expedición que aun quedaban en ella, prosiguió sus excursiones, hasta que el 1.º de agosto hizo rumbo para Fromsoe, donde llegó el día 6; el

día 29 se disolvió en Gothenburgo la expedición.

V.

VIAJE AL YENISEI EN EL AÑO 1875.

Spitzberga estaba ya bastante explorada, y Nordenskiöld principió á dirigir sus miradas hacia las tierras de los mares polares, situadas al Norte de la Siberia.

El mar de Kara, que baña las costas orientales de la Nueva Zembla (Novaya Zembla), había gozado largo tiempo fama de impenetrable, hasta que los cazadores de morsas noruegos, Vohannesen, Carlsen y otros dieron la vuelta á Nueva Zembla, y navegaron por el mar de Kara, llegando en sus excursiones hasta más allá de la isla Blanca (White Island de los ingleses y Bjelo Ostroff de los rusos), en la embocadura del golfo de Obí que llamó sobre todo su atención.

Se había penetrado en el mar, es cierto, pero no había sido explorada todavía la historia natural de sus aguas y orillas: este estudio fué el que se propuso Nordenskiöld, y entraba además en su plan de viaje penetrar hasta la embocadura del Yenisei y río adentro, resolvieron así un problema comercial de primera importancia.

Por orden de Nordenskiöld, y costeándolo todo el rico mercader Dickson, de Gothenburgo, se fletó en Fromsoe el Proeven, chalupa de 70 toneladas, tripulada por doce marinos noruegos acostumbrados á navegar por las aguas árticas.

Nordenskiöld se embarcó en ella, acompañado de dos botánicos, los doctores Kjellman y Lundstrom, y de dos geólogos, los doctores Theel y Stuxberg.

«El Proeven salió de Tromsøe remolcado por el vaporcito del mismo nombre,—dice Nordenskiöld,—y á poco, vientos contrarios nos obligaron á anclar entre Carlsoe y Renoe, donde estuvimos 5 días, hasta el 14 de junio, en que, prosiguiendo nuestro viaje, doblamos el cabo Norte é hicimos rumbo para el Sur de la Nueva Zembla.

Durante la primavera y la primera parte del verano, la costa occidental de esta doble isla se halla rodeada, á cierta distancia, por una compacta faja de hielo, impenetrable para las embarcaciones; pero que desaparecen á medida que avanza la estación: en ella se forman, tan luégo disminuye el frío, varios pasos cubiertos de delgado hielo, y los dos principales son los que se hallan frente al estrecho de Matotchkin (Matotchkin Char de los rusos) el uno, y cerca del cabo Norte del Ganso (North Goose Cape de los ingleses, y Severo Gusinnoi Mys de los rusos) el otro.

*
* *

»Yo elegí este último, y el Proeven pasó sin dificultad el día 22 de junio: siete días despues de salir de Carlsoe anclábamnos en la Nueva Zembla.

»En el curso de la travesía estuvimos todo el tiempo rastreando el fondo del mar, y examinando el agua en su superficie y á diversas profundidades: el fruto de nuestros trabajos fué abundante, pues aquellos mares son excesivamente ricos en fauna y en flora.

»Despues de permanecer dos días en el punto de nuestra primera parada, principiamos á costear la isla, anclando donde nos era agradable, hasta el estrecho de Matotchkin, que estuvimos explorando siete días.

»Allí un gran espacio de mar inmediato á la costa estaba libre de hielos, pero

al Norte el hielo unía la tierra al agua y era imposible seguir adelante; penetramos, pues, en el estrecho de Matotchkin hasta la bahía Chirkina (Fschirakina de unos geógrafos y Fchirkina de otros), y luégo, en bote, emprendí un viaje de exploración para ver en qué estado se encontraba el hielo en el resto del estrecho.

»Lundstrom, mientras tanto, subió á un monte cercano, desde el que por su altura era fácil dominar grande extensión de terreno, y despues de examinar el país que nos rodeaba, dejó en la cima un termómetro.

»El hielo estaba tan fuerte en el estrecho de Matotchkin, que seguramente resistiría muchos días sin quebrarse; hacia el Norte tampoco podíamos avanzar; así es que, en vez de permanecer anclados aguardando la llegada del verano, levamos anclas para probar fortuna en el estrecho de Vugo ó en el estrecho Kara, pues ambos conducen al mar de este nombre.

*
* *

»Salimos el día 13 de julio del estrecho de Matotchkin, y haciendo estaciones en varios puntos de la costa no llegamos á las puertas de Kara hasta el 25; el estrecho estaba por completo obstruído con grandes masas de hielo, y además soplaban tan recio viento, que no era posible permanecer anclados.

»Emprendí de nuevo el viaje en busca de abrigo para el buque, y lo hallé en la costa Sudoeste de la isla de Vaigatch (Waygats Island de los mapas ingleses), junto al cabo Grebeni: la tempestad llevaba tanto ímpetu, que, aunque estábamos casi tocando á tierra, no me atreví á echar un bote al agua para desembarcar hasta el día 30.

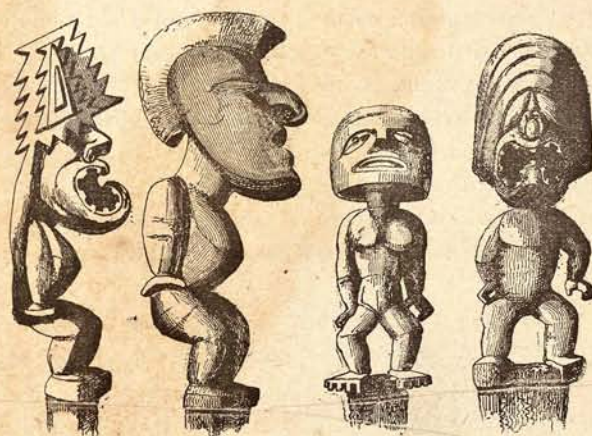
»En aquella costa vimos samoyedos por primera vez; al avistar el buque di-

rigieron hacia la playa los altos trineos tirados por renos, en que viajan en invierno, y dando á entender por señas que querían subir á bordo, subieron en efecto, y fueron muy bien recibidos por nosotros.

»La isla de Vaigatch ofrecía riquísimo campo para la ciencia por sus tesoros geológicos, mineralógicos, botánicos y zoológicos, y pasábamos el tiempo de manera muy agradable, aumentando prodigiosamente nuestras colecciones y ope-

rando reconocimientos en tierra; pero como el plan del viaje señalaba como última estación otro punto bastante más distante, determiné hacer, sin pérdida de tiempo, otro ensayo para pasar el mar de Kara.

»Dirigimos la proa del Proeven hacia el estrecho de Vugor, y habiéndonos detenido cerca de la embocadura á causa de la calma que de improviso sobrevino, no pude yo moderar mi impaciencia; lancé al agua un bote y me fuí á ver en qué es-



DIOSES SAMOYEDOS

tado se hallaba el estrecho: al día siguiente, gracias á una brisa bastante fresca, lo pasaba el Proeven, precediendo y guiándolo yo en mi bote, y entrábamos á toda vela en el mar de Kara, que estaba libre de hielo.

*
**

»El primer punto adonde nos dirigimos fué la parte media de la península que separa el mar de Kara del golfo de Obí, conocida por los samoyedos con el nombre de Yalmul.

»El viento era flojo y avanzamos muy despacio, circunstancia que hizo sufrir no poco á nuestra paciencia, pero que dió

los mejores resultados para una expedición científica que, como la nuestra, era la primera que navegaba por aquellas aguas.

»Los diversos trabajos hidrográficos pudieron ser así completísimos y de gran valor para la formación del mapa; la plomada y el arrastre por el fondo del mar nos dieron á conocer infinidad de animales, y además el curioso caso de que, desembocando en aquel mar grandes ríos, el agua dulce de éstos se mantiene sobre la salada y forma así una capa de agua venenosa y mortal para los animales que moran en el fondo.

»Los que sacábamos de las capas más profundas del mar morían tan luégo co-

mo los teníamos algunos minutos en las capas más inmediatas á la superficie.

»También hicimos sobre la temperatura del mar, á diversas profundidades, numerosas observaciones, que van á resolver definitivamente todas las polémicas sostenidas sobre las corrientes que se supone existen en estos mares: de las observaciones hechas desde la costa occidental de la Nueva Zembla y el estrecho de Matotchkin hasta la embocadura del Yenisei, resulta, sin ningún género de duda, que la temperatura del agua de la superficie del mar es sumamente variable y depende de la temperatura del aire, del hielo que hay en las cercanías, ó de lo templado del agua que arrastran el Obi y el Yenisei, en tanto que la temperatura del agua, á una profundidad de diez brazas para bajo, es casi constante y oscila entre 1° bajo cero y 2° sobre cero (Centígrado).

»No hay, pues, profundas corrientes marinas aquí; la única excepción que observé fué en el estrecho de Matotchkin, donde á una profundidad de quince brazas, el agua se mantenía á 5° sobre cero: probablemente llega hasta allí algún brazo de la Gran Corriente Equinoccial, y áun, tal vez, pase por el Matotchkin hasta el mar de Kara.

»Con el aparato construído por el profesor Ekman saqué, además, grandes cantidades de agua de distintas profundidades: el grado salino no disminuiría en el fondo.

*
* *

El día 8 de agosto desembarcamos por algunas horas en la península de Yalmal para observaciones astronómicas.

»En la playa se veían señales de pasos de hombres que debían ir descalzos, y de trineos; allí había también un altar de sacrificio, compuesto de unas cincuenta ca-

laveras de oso y huesos de morsa y de reno, todo en montón: en medio de éste, dos ídolos de madera manchados de sangre.

»Después de algunas horas de permanencia en aquel sitio regresamos al buque, largamos velas y pusimos la proa al Norte, hasta que, en los 75° 53' de latitud Norte y 79° 30' de longitud Este tropezó con dilatadas masas de hielo imposibles de romper.

»No había más recurso que ir bordeando el hielo hacia el Este, y con él no nos fué mal; el día 15 el Proeven izaba el pabellón sueco al anclar en la embocadura del Yenisei.

»Habíamos llegado adonde hace siglos ambicionaban llegar las más grandes naciones marítimas.

»El problema geográfico y la vía comercial estaban resuelto el uno, abierta la otra.

«Andando estaba todavía el buque cuando el Dr. Theel arrojándose á un bote, volaba á fuerza de remo hacia la playa. Le impulsaba, sin embargo, su ardor venatorio mas que su ardor científico: al acercarnos al fondeadero habíamos visto á un oso, que después de dar algunas vueltas al rededor de varios renos que pastaban en la llanura había ido á dormirse á la playa á no larga distancia del lugar en que nos hallamos; el doctor Theel iba á darle caza, y cuando tocó tierra, saltando ligero del bote, se dirigió cautelosamente hacia él.

Todas sus precauciones no lograron mantener dormido al animal, que á los pocos momentos se apercibió de la presencia del enemigo, y alzándose se abalanzó resueltamente á atacarle.

Nuestra ansiedad fué terrible. El doctor Theel no perdió la serenidad: cuando ya el oso estaba muy pocos pasos sonó un disparo, y la bala de la carabina Remington fué á dar en la cabeza de la

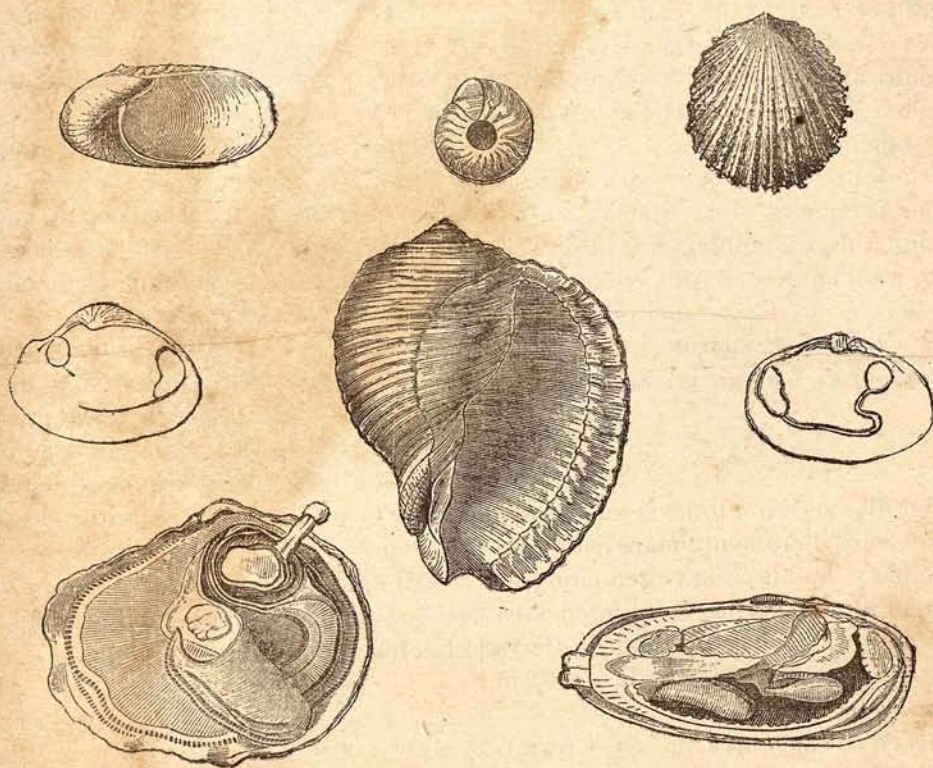
fiera, sin fracturársela no obstante; el oso emprendió la retirada, perseguido por el doctor, que á los pocos minutos de darle caza, lo tendió en la playa de un tiro en el corazon.

Yo tomé aquello como presagio de que ya terminó el reinado del oso sobre aquellas fértiles regiones, y de que en breve millares de buques las pondrían en comunicación con Europa.»

*
**

El sitio en que ancló Nordenskiöld fué llamado Puerto Dickson, en honor del comerciante de Gothemburgo que tanto había contribuído á la realización de las expediciones árticas suecas.

Enseguida principiaron los preparativos del viaje que Nordenskiöld, Sundstroni y Stuxberg, con tres marineros, proyectaban hacer, subiendo el Yenisei en un falucho construído á propósito en Noruega.



ENCONTRADOS EN LAS PLAYAS DEL MAR DE KARA

El Proeven volvió á Tromsoe bajo la dirección del Dr. Kjellman.

El Ana, (así se llamaba el falucho en que habían de navegar por el Yenisei Nordenskiöld y sus compañeros), salió el día 19 de agosto del Puerto Dickson, tan hundido el casco en el agua por el

peso de las provisiones é instrumentos de que iba cargado, que á cada oleada algo fuerte corría riesgo de zozobrar.

La marcha se emprendió á lo largo de la costa, entre éste y las innumerables cuanto diminutas y estériles islas del Nordeste (North East Islands de los ingleses

y Severo-Vostotschinos Ostroff de los rusos).

El paso era lo indispensable profundo para que pudieran cruzar por él embarcaciones mayores, pero sembrado de escollos que le hacían peligroso.

Soplaba viento; el agua se mantenía tranquila y no descansaron los expedicionarios, hasta que, rendidos por una marcha de cuarenta y dos horas, llegaron al cabo Chaitanskoi el día 21 por la noche.

En el camino habían desembarcado en un punto cerca del cabo Ywremof (Jevremov Kamen de los rusos), en el último promontorio de roca que se encuentra en la margen oriental del Yenisei hasta una distancia de 600 millas.

Cerca del punto en que tomaron tierra había unos cuantos osos que no se molestaron en lo más mínimo por la presencia de los viajeros ni por el fuego que encendieron; no tenían tiempo para cazarlos, y apenas tomaron una taza de café, volvieron á seguir la marcha.

*
* *

Aquel día cogieron todavía en la playa animales verdaderamente marítimos tales como cónos y medusas; la vegetación que se veía desde el buque se diferenciaba mucho de la de Nueva-Zembla; la tierra no estaba por allí cubierta de yerba ni de ningún matorral.

También desembarcaron en Crestofskoi, pueblo ya desierto, pero que, á juzgar por el número y aspecto de sus casas, debió disfrutar, en época no lejana, de floreciente prosperidad.

«Aun quedaban enteras,—dice Nordenskiöld,—tres casas con techo de paja y un verdadero laberinto de habitaciones, alcobas, hornos, salas de baños, almacén de sebo de ballena con sus correspondientes pozos, almacenes para el

pescado, etc.; todos los muebles habían desaparecido, no se veía ni un clavo, lo cual prueba que los habitantes del pueblo no habían muerto de epidemia, sino que emigraron.

»En Dudinea supimos que así había sido, en efecto, á causa de la dificultad de proveerse de víveres en tan remota región, excelente por lo demás para la pesca: hoy, que ha tomado incremento el tráfico de Yenisei, se piensa en fundar nuevos establecimientos de pescadería en Crestofskoi y sus inmediaciones.

»La vejetación es en gran manera rica, y crece tan rápida y alta la yerba, que cuesta trabajo andar por aquellos hermosos pero incultos campos.

»Dos millas más allá de Crestofskoi, avanza, río adentro, un banco de arena que nos obligó á apartarnos de aquella orilla y á navegar entre unas islas que allí hay separadas por canales de cinco ó seis brazas de profundidad.

»A nuestra llegada á la desembocadura del Yenisei, la temperatura del agua era de 7° 8 C.; pero con la tormenta bajó hasta 1° 5 C.; en el cabo de Yevresnof subió á 2° 5 C.; en Crestofskoi llegaba á los 11°, y en ellos se mantuvo casi todo el viaje.

»El agua tenía un color turbio y oscuro, así como la mayor parte de los riachuelos que al Yenisei afluyen.

*
* *

»Al Sur del cabo Yevresnof la orilla oriental del río estaba formada por altas colinas de arena que venían á morir en el agua: más allá veíase á la Tundra extender sus ondeantes y dilatadísimas llanuras, llenas de pantanos y de altas yerbas.

»Después de descansar en el cabo Chaitanskoi, nos dirigimos á la Punta de la Bota (Sopotchnaja Korga), donde el viento y un banco de arena nos obliga-

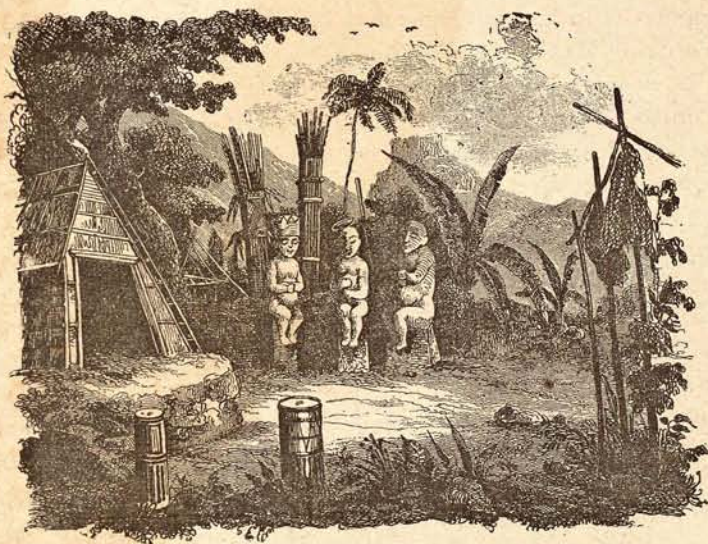
ron á detenernos ántes de lo que proyectábamos.

La Punta de la Bota es un promontorio bastante bajo, que avanza hácia el Yenisei. Las ruínas de muchos edificios atestiguan que ántes estuvo habitado y hoy yace desierta, aunque la frecuente tal vez algun pescador ó cazador.

Aquel lugar, es sin embargo, el ménos bello y agradable de cuantos ví en las márgenes del gran río: la playa estaba toda cubierta de escombros y troncos de

árboles acarreados por la corriente; imposible era andar entre aquellos inmensos é interminables montones sin caer en las charcas de agua negra que entre ellos había; los troncos más inmediatos á la orilla estaban todavía frescos; pero los más lejanos, corroídos por el sol y los insectos, debían hallarse allí desde hace infinidad de años.

El promontorio estaba además sembrado de gran número de estanques de agua pura, más ó ménos cubiertos de



OTROS DIOSSES SAMOYEDOS

yervas, y hormigueantes de pececillos de la familia de los gasterósteos (*Gasterosteus aculeatus*), vulgarmente conocidos con el nombre de espinosos; los crustáceos y plantas de agua dulce abundaban tambien.

Las partes más altas del promontorio, así como las laderas, estaban cubiertas de magníficas yervas de dos piés de alto. Aquel lugar carecía, sin embargo, por completo, de mamíferos, aves é insectos.

*
* *

La violencia del viento nos obligó á permanecer allí dos días: hasta por la tarde del día 22 de agosto no pudimos hacernos de nuevo á la vela para Goltshica, que es el pueblo situado más al Norte de cuantos hay habitados en la márgen oriental de Yenisei.

La oscuridad de la noche nos circundaba al aproximarnos al promontorio en que suponíamos que se hallaba; las olas eran recias, violenta la brisa, y para colmo de desventuras tropezamos en un banco de arena, sobre el cual habría sido peligroso aventurarse ántes de que salie-

ra el sol; dirigí, pues, la chalupa á la orilla opuesta en busca del pueblo, que existe algo más allá, y buscando estaba sus casas, cuando nos encontramos de pronto en medio de furiosas rompientes.

Quisimos retroceder, mas era vano intento: fué forzoso seguir avanzando entre el peligro cada vez creciente: Dios ayudó sin duda nuestra audacia; porque á los pocos minutos nos vimos fuera de aquel atolladero, que á poco nos cuesta la vida y con ella el resultado de la expedición.

No encontramos sitio en que desembarcar hasta cerca de Mesenkin, riachuelo que viene á desembocar en la orilla derecha del Yenisei.

»En las excursiones que en nuestro lugar de desembarque tuve tiempo de hacer, ví varias veces á dos hombres que en un principio parecían querer evitarlos, y que luego se nos acercaron, diciendo que eran rusos al servicio de un comerciante de Yenisei.

»Después de alguna conversación, propuse al más joven, cosaco llamado Fedor, que parecía conocer muy bien el país, que nos acompañara hasta Dudinka como guía, proposición que aceptó después de prometerle yo que le daría cincuenta rublos de plata, y contando él con el beneplácito de su señor, á quien fué á ver aquella misma noche.

»Naturalmente, aprovechamos este pequeño retraso lo mejor posible; estudiando la historia natural y haciendo observaciones solares; el mundo vegetal era singularmente rico en yerbas y arbustos, y lo que más abundaban eran los alisos, género impropriadamente comprendido por algunos naturalistas en el de los abedules.

*
**

»El día 26, á primera hora de la mañana, llegó nuestro futuro piloto, acompañado de cinco rusos más que estaban establecidos por la misma comarca.

»Obsequiamos á los recién llegados en nuestra tienda lo mejor que pudimos, y la conversación no tardó en animarse; me dijeron que en Goltschica vivían un ruso y tres hombres más, consagrados á la caza y la pesca; que en Severo sólo moraban un viejo y su hijo; que los pueblos del Norte estaban abandonados; que los samoyedos, dolganes y yacuts bajaban de la tundra al río, pero que cada año disminuía la inmigración, porque la viruela los diezaba.

»Después de hablar un buen rato con nuestros huéspedes, que eran amables y entretenidos, decidí, en vista del buen tiempo, proseguir el viaje, y ya no me detuve hasta el cabo Gostinoi; en aquella travesía vimos por última vez nieve en las grietas que tiene la tundra ó llanura que se extiende á ambas márgenes del Yenisei.

»Nuestro punto de parada era en un todo idéntico á los anteriores en cuanto á vegetación; lo único que tenía de notable eran unas rocas de granito, las primeras que encontramos en la navegación.

»Las estaciones siguientes fueron Yacoviera y las islas Briochovski.

»Ya de noche, el día 28 llegamos á las islas Nicandrovská.

»El establecimiento de pesquería estaba todavía ocupado, y trabamos relaciones con la gente que lo habitaba, que en aquel instante tendía sus redes: por un rublo de plata compré nueve grandes peces que pesaban más de una arroba; el Yenisei es famoso por la riqueza, tamaño y variedad de sus peces comestibles, y durante el viaje hice llenar con los diversos ejemplares que pudimos procurarnos un barril de espíritu de vino.

»Los habitantes de la pesquería de Ni-

candrovská, como casi todos los de la parte baja del río, tenían gran número de perros de raza parecida á la groenlandesa, que sirven de animales de tiro para remolcar las lanchas por el río desde la orilla, durante el invierno.

»El perro no sirve, sin embargo, para largos viajes por tierras desiertas, donde hay poca oportunidad de pescar ó cazar; en estos casos el mejor animal es el reno.

*
**

»No nos detuvimos más que una noche en Nicandrovská; á la mañana siguiente seguí el largo y monótono viaje, remando, porque no soplabá bastante viento para largar vela.

»En el cabo Macsuninskoi visitamos á una familia samoyeda que había levantado allí su tienda de cuero y se proveía de pescado para la invernada; en Tolstoi había un pueblo habitado y bien construido, cuyos pobladores nos recibieron con tanta amistad é interés como sorpresa.

»Dos millas al Norte de este establecimiento, había una especie de capilla levantada sobre los restos de uno de los muchos que durante el siglo pasado fueron desterrados á aquellas regiones: según la inscripción del monumento, aquel hombre había sido ahorcado por orden de la justicia y luego se vió que era inocente.

»En el pueblo nos dijeron que el último vapor acababa de pasar y que debía hallarse á pocas leguas de distancia.

»No me detuve ni un momento: durante veintiseis horas marchamos á fuerza de remo y vela, haciendo brevísimos desembarques, hasta que, por fin, el día 31 á las nueve de la mañana, abordamos al vapor *Alejandro*, que estábamos persiguiendo sin descanso desde hacía dos días.

»El vapor *Alejandro* no era buque de pasajeros ni de transporte, sino una especie de tienda ambulante, cuyo capitán no era marino sino mercader, y más se ocupaba de sus géneros que de la marcha de su buque.

»Se llamaba Ivan Macailovitch Yarmenieff, y nos recibió con la mayor cordialidad; la tripulación no le decía casi nunca capitán (kapitan) sino amo (hosain).

»El equipo del buque correspondía á esta manera de ser: uno de los camarotes estaba dispuesto para almacen con tablas para bazares, cajones y mostrador; otro servía de escritorio, á la vez que de alcoba y de almacén de licores espirituosos.

»Como no había materialmente sitio en que alojarnos, el hosain nos acogió bastante mal en un principio, á pesar de que nos presentamos á él con toda pompa, é izada en el único palo de nuestra embarcación la bandera sueca.

*
**

»Pero cuando con ayuda de Fedor y del diccionario ruso-sueco se enteró de quienes éramos y qué viaje acabábamos de hacer, cambió radicalmente de proceder, y de hostil se trocó en el más amable y servicial de los marinos; despejó un camarote que había cerca del timón, y aunque ni el sitio ni la comodidad eran grandes, al menos no dormíamos al aire libre: nuestros tripulantes se alojaron cerca de la caldera, y el maquinista cuidó de ellos.

Más tarde el capitán nos acomodó en un camarote más espacioso, y los tripulantes del *Ana* fueron á ocupar nuestra antigua habitación.

»El mando náutico del buque estaba encomendado á dos contramaestres de aspecto magestuoso, que envueltos en largos caftanes se relevaban en el banco del timón, cogían la caña de la manera

más despreocupada y desdeñosa que puede darse, y pasaban las horas fumando sendos cigarros y cambiando bromas con la gente que bajaba al río.

»En la proa se mantenía siempre de pié un hombre, que con un largo palo iba sondeando la profundidad, pues muchas veces, para evitar la fuerza de la corriente, navegábamos tan cerca de la orilla, que se podía saltar á tierra, y el *Ana*, atado á un costado del buque, rozaba la orilla.

»El *Alejandro* remolcó además, al principio una, luego dos lodjes (embarcación que participa de la balsa y de la barca), casi tan grande como él, destinada á almacenar el pescado salado que se iba cogiendo ó comprando; y una porción de lanchas y botecillos destinados á ponernos en comunicación con tierra, cuando la orilla era demasiado baja ó no podíamos navegar junto á ella.

*
* *

»La marcha era lentísima. Aunque la Siberia, y principalmente las márgenes del Yenisei, poseen inmensos y magníficos depósitos de carbón, éstos no han sido explotados todavía, y la caldera tenía que alimentarse con leña: las paradas para coger combustible y para las necesidades del comercio eran prolongadas y numerosas.

»Las dificultades de la navegación eran también grandes, porque, sobrecargado como iba muchas veces el buque, la máquina no podía llevarlo contra la corriente, y era preciso caminar tan junto á la orilla, que más de una vez encallamos en tierra, no obstante los gritos de alarma del piloto.

»Empleamos un mes en llegar de Dudino á Yeniseisk, punto de arribada del *Alejandro*, ó sea en recorrer una distancia de 1.000 millas inglesas.

»Para otro cualquiera semejante viaje habría parecido en exceso incómodo y cansado; nosotros nos felicitamos de aquella lentitud, gracias á la cual pudimos explorar ámpliamente la flora y la fauna del valle del Yenisei.

»A poco de nuestra llegada al buque, levó éste anclas y nos condujo á Dudino, aldea con iglesia, situada á pocas leguas de la embocadura del Dudina.

»La aldea se compone de unas cuantas casas habitadas por un rico comerciante llamado Sotnicoff, dos sacerdotes, un magistrado, dos desterrados y algunos labradores y naturales.

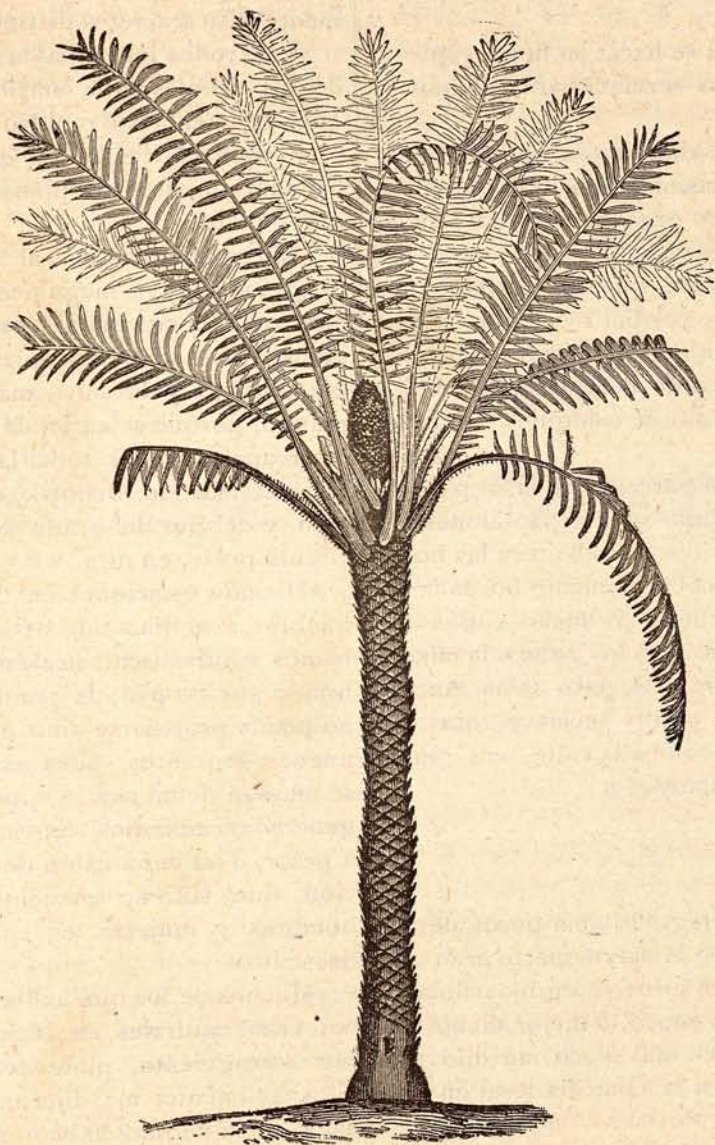
»Sotnicoff tiene con toda la comarca un comercio bastante extenso y productivo en granos, telas, té, azúcar, hierros, pólvora, plomo y licores espirituosos, que cambia por pieles, pescados y colmillos de mammoth; luego manda estos géneros á Yeniseisk, y de este punto á China, Moscow y San Petersburgo.

»Schmidt le alaba mucho por la energía y liberalidad con que ayudó á los trabajos de la expedición enviada para desenterrar un mammoth entero que se había descubierto á orillas del río; para con nosotros se mostró singularmente hospitalario y amable, así como las demás notabilidades de la aldea.

»Uno de los sacerdotes se empeñó en hacer un servicio religioso en el buque sin retribución alguna, no obstante la diferencia de nuestra religión con la suya, y forzoso fué darle gusto.

*
* *

»Las casas de esta aldea y las de los demás pueblos del Yenisei estaban hechas con troncos de madera, y se asemejan mucho á las moradas de los campesinos rusos, casi pegadas las unas á las otras, y con el alero del tejado ricamente labrado; aparte de las cucarachas que corrían



ESPECIE DE PIÑA GROELANDESA

por todas partes, el interior estaba limpio.

»Veíanse en las paredes muchos, aunque no muy artísticos grabados, la mayor parte de la familia imperial, de personajes rusos y de escenas de la historia de Rusia: adornaban los rincones cuadros

sagrados con lujosos adornos y lámparas ó velas alumbrándolos.

»Los suelos, sobre todo el de la habitación principal, estaban cubiertos con pieles á manera de alfombra. Las camas eran tan altas, que cabía un hombre de pié debajo de ellas, y tan grandes, que

ocupaban la tercera parte ó la mitad de la habitación.

»La comida se hacía en hornos que al mismo tiempo servían para calentar la casa.

»Todos los días había pan tierno, y aun en las casas más pobres era cosa indispensable la gran cafetera de metal para hacer el té.

»Donde quiera que entrábamos nos hacían la más cordial recepción, y por poco larga que fuese la visita era preciso aceptar un vaso de té y beberlo con los dueños de la casa, á cualquier hora del día que fuese.

«El traje era parecido al ruso: para la gente acomodada, anchos pantalones de terciopelo metidos por abajo en las botas altas, camisa soberbiamente bordada de plata en la pechera, y ancho caftan forrado de pieles; para los pobres la misma hechura de prendas, pero telas mucho más inferiores, y muy sucias y rotas: en invierno, para salir á la calle, era general el manto samoyedo.

*
**

»En aquella región había pocos desterrados políticos; la mayor parte eran criminales, y entre éstos ví algunos finlandeses, y aun un sueco, ó mejor dicho, un individuo que en mal sueco me dijo que había servido en la Guardia Real en Estocolmo.

»La seguridad individual y la de la propiedad era perfecta, y reinaba la mayor unión entre los desterrados y los naturales ruso-siberianos; nadie se ocupa de qué crímenes proviene su destierro, y cuando se pregunta sobre ellos á alguno de los penados, da siempre la algún tanto elástica respuesta de *por dudosa conducta*.

»El día 4 de Setiembre, con un tiempo soberbio, reanudó la marcha el *Alejan-*

dro. El paisaje iba alterando gradualmente sus caracteres distintivos.

»Casi todos los mapas señalan el límite de los árboles en la considerable curva que hacia el Oeste ó el Noroeste de Dudino hace el Yenisei, y en aquel lugar hallamos numerosos pinos de unos 20 piés de alto.

»Algunas leguas más al Sur el bosque de pinos era ya magnífico, aunque la comarca está situada al Norte del círculo polar; allí es donde propiamente principia la selva, y la selva más grande del mundo, porque se extiende con escasas interrupciones por toda la Siberia, del Ural al mar de Ochotsk, en una dirección, y del Sur del grado 58 al Norte del círculo polar, en otra.

»Hicimos estaciones en diez distintos pueblos, y el día 12 de Setiembre llegábamos á Silivanscoi, exclusivamente habitado por skoptzi, la famosa secta que no puede propalarse sino por medio de nuevos prosélitos, pues sus individuos se mutilan de tal suerte que en ellos la generación es imposible: estos fanáticos, á pesar, ó tal vez á causa de la persecución que sufren, encuentran todavía hombres y mujeres en quienes hacer prosélitos.

»Muchos de los que habia en Silivanscoi eran naturales de Ingermanland, y por consiguiente, pude conversar con ellos fácilmente: me dijeron que por la causa de la verdad habían sido arrancados de sus casas, azotados y desterrados á aquel país, donde á fuerza de trabajo y perseverancia principiaban á prosperar algún tanto y á hacer menos dura su situación, esperando que en la otra vida hallarían justo premio á sus infortunios y sufrimientos terrenales.

»Me vendieron un buey por diez y ocho rublos, pero no consintieron matarlo, porque su religión les prohíbe matar ningún animal de sangre caliente, y mu-

cho menos comer de su carne; este precepto tenía de bueno que, gracias á él, los skoptki se consagran á la agricultura y al rededor de sus casas había bellísimos huertos plantados de patatas, nabos y coles, que prosperaban no obstante lo elevado de la latitud.

*
**

»Por la tarde del mismo día llegamos al monasterio de Troit, en otros tiempos famoso por sus riquezas, hoy habitado por un solo monje: el prior.

»Era éste un venerable anciano que nos dió hospitalidad con gran placer: en su casa vimos los retratos de los obispos de Siberia, y uno que representaba á un czar con el cabello empolvado, en traje militar y con gran banda azul.

»Aquél debía ser sin duda el czar Pablo; pero los skoptzi estaban persuadidos de que era un retrato de su profeta Pedro III, cuya historia han alterado los sectarios á su manera; una persona instruida que había sido desterrada al alto Yenisei por skoptzi me dijo con toda seriedad que el czar Pedro III no fué asesinado, sino que lo azotaron y lo desterraron á la Siberia á causa de su santidad: y he aquí explicado por qué el retrato del czar Pablo es hoy objeto de adoración y oraciones en la aldea de Silivanscoi.

»La numerosa tripulación del *Alejandro* asistió con gran devoción á una misa dicha en la iglesia del monasterio, y á otra en la capilla donde yacen los restos de su fundador; terminada la ceremonia religiosa, estuvimos viendo lo que de notable encierra el monasterio entre otras cosas una biblia eslavona del siglo XVI, perfectamente conservada.

»Nuestra última visita fué para un pobre y anciano cojo, que en su juventud había hecho la peregrinación á Jerusalen.

»Después nos despedimos de nuestros amigos de un día, y abandonamos el pueblo.

»La marcha fué tan lenta como de costumbre; pero las riberas estaban más pobladas que antes, y trabamos conversaciones con la gente que caminaba por la playa; ésta se componía de rusos y de asiáticos que se habían establecido cerca del Yenisei para las pesquerías de verano.

»Vivían en tiendas muy parecidas á las de los lapones: las samoyedas eran de cuero, y de cortezas de árboles las ostiaks.

»Alrededor de ellas vagaban siempre muchos perros de la misma raza groenlandesa que ya habíamos visto. Casi todos los asiáticos que, como aquellos, están en contacto con los rusos, profesan ya el cristianismo, pero lo mezclan de la manera más original al paganismo en que se educaron.

*
**

»En un pueblo, donde desembarcamos el día 16 de Setiembre, tuve ocasión de visitar un cementerio que había en la selva: los cadáveres estaban metidos en grandes cajas, y éstas, en vez de hallarse enterradas, yacían encima del suelo, cada cual junto á una cruz de madera; en una de las tumbas había la imagen de un santo, como indicando que aquel muerto era más cristiano que los otros... pero á los piés tenía la ropa que llevaba cuando vivo, y buena cantidad de comida, sin duda destinada á que no le faltara alimento en el otro mundo.

»En los sepulcros de los ricos me dijeron que los parientes tienen la costumbre de colocar unos cuantos billetes de á rublo junto á la comida.

»San Pedro no debe juzgar, sin embargo, á la gente por el traje que lleva, por-

que, por lo general, la ropa que cuelgan á los piés del difunto es la más vieja que éste tenía en vida.

»El día 20 anclábamos en la embocadura de uno de los mayores tributarios del Yenisei: el Podcammenaya Yungusca.

»Echamos en distintos lugares la plomada, como ya lo habíamos hecho siempre que caminamos por el centro del Yenisei.

»Estos experimentos y los informes que nos dieron los pilotos y prácticos del río confirman que el Yenisei es perfectamente navegable para buques de gran calado.

»Por otra parte, en las márgenes iban cada vez en aumento los terrenos cultivados y todos se mostraban extremadamente fértiles.

*
**

»Al Sur de Sycobatca, donde tambien echamos anclas, pasamos por Masimovscoi, aldea de alguna importancia, y por un establecimiento para el lavado de arenas de oro, situado frente á ella, que se llama Yarmacova, como el primer conquistador de la Siberia.

»Hoy ya está desierto, pero en un tiempo fué rival de Australia y de California por su animación; inmensas fortunas se hicieron allí cuando el descubrimiento del primer banco de arena rico en oro, y la tradición conserva la historia de más de un aventurero, que después de ser millonario se arruinó por su ambición, y de más de uno tambien que despues de sufrir terribles alternativas fué á establecerse con lujosos trenes y palacios en Moscow, San Petersburgo ú Omsk.

»Todas las casas estaban desiertas; apenas quedaban algunos restos de cultivo en las tierras; pero el paso de los aventureros ha servido al menos para llevar á

aquellas regiones las primeras simientas de la civilización.

»A lo largo de la orilla se veían tambien, de trecho en trecho, escombros y ruínas que datan igualmente del tiempo en que poblaba aquel desierto la agitada existencia de miles de cazadores de fortunas: lo que más abundaba era una especie de recios y bajos cajones, que servían á manera de barcasas para trasportar allí, desde el Sur de la Siberia, los elementos indispensables de vida y de industria.

»Esto da idea de lo tranquilas que son las aguas de los ríos siberianos y de lo fácil que sería hacer por aquella ría trasportes á tan poca costa que sólo sería necesario un vaporcito para remolcar ocho ó diez barcasas de gran tamaño y mucho porte.

*
**

»Desde el día 20 de setiembre las noches se hacían frías, y no obstante el interés que tenía para nosotros el estudio de aquella región, anhelábamos llegar al punto de arribo; las heladas eran tambien causa de que muriesen muchas de las plantas y animales, y de que nuestras colecciones no aumentasen ya con tanta rapidez como ántes.

»Fácil, pues, será de concebir nuestro júbilo cuando á los pocos días de visitar á Yarmacova anclábamos frente á Yeniseisk.»

Aquí termina el diario de Nordenskiöld, del que hemos entresacado lo de mayor interés.

Pocos días permanecieron los viajeros en Yeniseisk, y aun estos fueron los indispensables para arreglar sus colecciones y visitar otras muy interesantes hechas por Herr Marks, un desterrado.

El amo del *Alejandro* no quiso aceptar pago alguno de Nordenskiöld; así es que

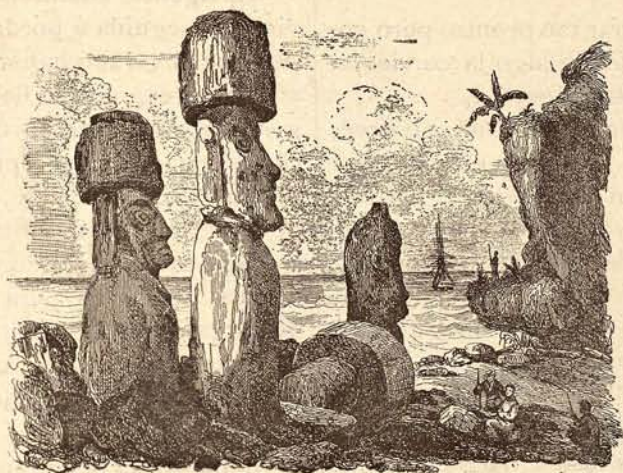
éste, reconocido, le regaló á él y al capitán la embarcación en que hizo la primera parte de la travesía del Yenisei, y que había venido hasta Yeniseisk remolcada por el vapor *Ana*.

Los expedicionarios regresaron á su país por tierra, pasando por Crasnoyarse, Tomsc, Omsc, Tyumen, Ecaterineburg, Tagilsc, Perm, Casan, Nischni-Novgorod, Moscou, San Petersburgo, Helsingfords y Abo; y desde este punto, por mar, á Estocolmo.

VI.

SEGUNDO VIAJE AL YENISEI EN 1876.

Los resultados de la expedición de Nordenskiöld al Yenisei en 1876 habían sido completos, pero no faltaba quien afirmara que el éxito dependió únicamente del estado favorable del hielo aquel año.



RECORDOS DE LOS ANTIGUOS GROELANDESES

Los precedentes sentados por los viajes de los cazadores de morsas, los hermanos Pallicer en 1869 y Wiggins en 1873, no fueron, á juicio de Nordenskiöld, suficientes para desvanecer todas las dudas, y al efecto ideó un nuevo viaje semejante al primero, pero que tendría además por objeto completar los estudios científicos tan ventajosamente emprendidos en 1875.

Teniendo este último propósito, la expedición se dividió en dos cuerpos: uno que por la vía de tierra debía bajar el Yenisei hasta su embocadura, y otro que, optando por la vía marítima, seguiría el itinerario ya recorrido.

El Dr. Theel mandaba el primero y Nordenskiöld el segundo.

Para el viaje por mar se habilitó el vapor *Imer* y cargaron á bordo géneros de manufactura sueca, destinados á abrir el comercio con la Siberia Septentrional.

Los comerciantes Dickson y Sibiria-koff, de Gothemburgo el uno y de la Siberia el otro, sufragaron los gastos de la expedición.

Nordenskiöld llevaba consigo á los doctores Kjellman y Stuxberg, y el doctor Theel á dos botánicos y dos geólogos.

La travesía de Tromsøe á la embocadura del Yenisei se hizo con menos tropiezos todavía que el año anterior,

El día 25 de Julio salieron los viajeros de la ciudad noruega, y el día 15 de Agosto veían tierra en la embocadura del río siberiano. En este punto les aguardaba una sorpresa que narra Nordenskiöld en los siguientes términos:

*
* *

«Vimos tierra el día 15, un año día por día desde que descubrimos las primeras rocas del Puerto Dickson desde el *Proevn*.

Yo no creía llegar tan pronto, pero como nos había ayudado algo la corriente, atribuí á ella nuestra ligereza.

Al aproximarnos á la costa observé, sin embargo, que la llanura estaba perfectamente lisa, miéntras que el año anterior recordaba yo haber visto una pequeña elevación del terreno que recorría la tundra hácia el cabo Yevremof; tampoco alcanzaba á descubrir ninguno de los islotes pedregosos del Puerto Dickson.

Continuamos, no obstante, nuestra marcha río arriba, y á las cuatro ó cinco horas hallamos la solución de aquel problema, que ya preocupaba poderosamente mi imaginación.

Parece, en efecto, que el golfo que hay á la entrada del Yenisei, que tiene setenta millas de ancho, está dividido en dos por una isla de treinta millas de largo y sumamente angosta, que hasta el día había pasado por completo desapercibida para los cartógrafos rusos y para los naturales del país.

Esto se debe sin duda á que la tal isla no es visible desde la orilla opuesta del río, y todas las embarcaciones que navegan por el Yenisei son demasiado pequeñas ó van demasiado cargadas para aventurarse por el centro de la corriente.

El agua es muy navegable, de buena profundidad, y libre de bancos de arena

á ambos lados de mi isla, á la que me propongo llamar «Isla Sibiriakoff,» en honor del generoso protector de las expediciones á la Siberia.»

*
* *

Nordenskiöld prosigue luégo su diario, diciendo: «El día 16 anclamos junto á Goltschica, el pueblo habitado que hay más al Norte de todos cuantos ocupan la márgen oriental del Yenisei.

«El agente comercial establecido allí vino en seguida á bordo y nos dijo que durante el verano habían pasado por allí tres vapores, que se llevaron todos los géneros almacenados durante las anteriores estaciones y dejaron en cambio nuevo repuesto de té, azúcar, licores, pólvora, etc.; nada sabía de nuestro viaje, pero estaba avisado de que Sidoroff fletaba un buque para llevar á Europa un cargamento de grafito, y de que unos extranjeros que había en Yeniseisk proyectaban bajar por el río hasta su embocadura.

»Impaciente por reunirme á mis compañeros me dirijí á todo vapor á Mesenkin, donde estábamos citados con el cuerpo expedicionario que mandaba Theel.

»Cuatro horas despues de levar anclas llegábamos á este punto, donde se hallaban reunidos muchos rusos, entre ellos Fedor, mi piloto del viaje del *Ana*, y todavía mayor número de naturales: ninguno sabía nada de nuestros compañeros.»

Nordenskiöld hizo una excursión para descubrir los restos de un mammoth, y al día siguiente el *Imer* siguió avanzando río arriba, hasta que ya, cerca de Yacovieva, principió á disminuir la profundidad del agua.

La niebla que sobrevino dificultaba también mucho la navegación, y despues de encallar varias veces buscando algun

paso mas profundo, volvió el *Imer* por donde había venido.

*
**

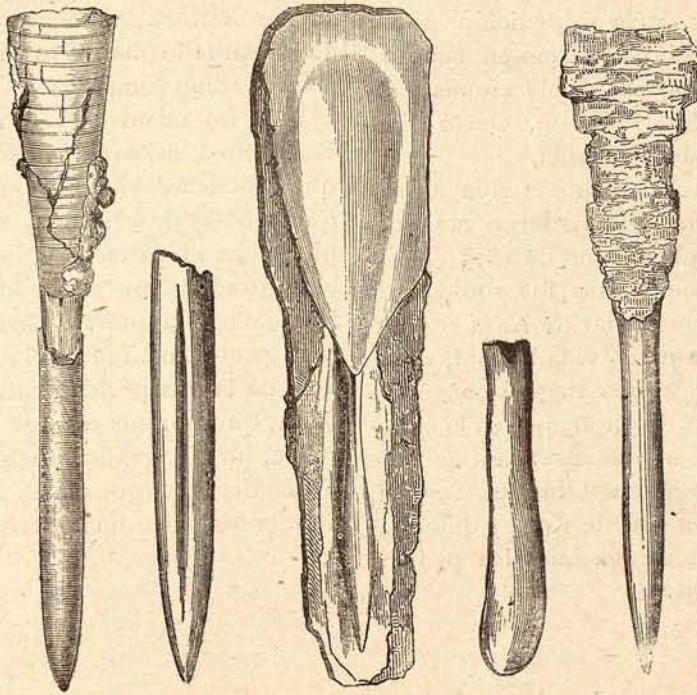
En Mesenkin se determinó Nordenskiöld á aguardar al doctor Theel como estaba concertado: miéntras tanto, descargaba el buque en el pueblo Corepofscoi, situado algo mas al Sur que Mesenkin, con el propósito de que quedaran

los géneros al cuidado de Fedor, que vivía allí y era hombre de confianza.

Fué preciso hacer esto porque ya había salido el último vapor de los que hacen la travesía del río.

Cuando estuvieron en tierra todos los géneros, el *Imer* hizo otro ensayo para avanzar río arriba, pero á causa de su mucho calado no logró llegar ni aun siquiera tan allá como la primera vez.

Nordenskiöld, entónces, mandó anclar entre Orlofscoi y Gostinoi, en un punto



RESTOS DE ARMAS Y UTENSILIOS HALLADOS EN LA RIBERA DEL YENISEI

sumamente favorable para estudiar la geología de la tundra.

El día 1.º de Setiembre, temeroso de que el hielo se fuese amontonando en el mar de Kara, Nordenskiöld se resolvió á regresar á Suecia, aunque con gran sentimiento por no haberse reunido los dos cuerpos de la expedición, y por no

poder transportar en el buque las ricas colecciones que sin duda habrían hecho Theel y sus compañeros.

Estos tuvieron que volver por tierra á Estocolmo. Nordenskiöld definió los resultados científicos de la expedición en la siguiente forma:

»De cuantas expediciones han visitado

la Nueva Zembla y los mares que la rodean, sólo tres ántes que las dos suecas se ocuparon de su historia natural: éstas fueron la de Von Baer en 1837, la de Heuglin en 1871, y la austro-húngara en 1872-74.

*
* *

»En zoología, que es ramo importante en este viaje, Baer llevó á su país unos setenta animales invertebrados; Heuglin ha aumentado nuestros conocimientos en cuanto al número de las especies de algunos grupos, y la expedición austro-húngara ha hecho lo mismo en cuanto á otros; pero todas estas colecciones eran de las costas del Sudoeste, Oeste y Noroeste de la Nueva Zembla.

Sobre la naturaleza de la vida animal del mar de Kara, no existieron nociones positivas hasta el verano de 1875.

Corría también entre los zoólogos la tradición de que el mar de Kara era excesivamente pobre en vida animal, y este aserto, que por el uso llegó á convertirse en axioma, iba apoyado en la suposición de que la inmensa cantidad de agua que acarrear el Obi y el Yenisei, endulzaba la del mar de Kara y dificultaba la existencia de los animales propiamente marítimos.

La expedición sueca de 1875 ha disipado ese error, pues trajo de la costa occidental de la Nueva Zembla y de la isla Vaigatch colecciones infinitamente más ricas que las de sus predecesores.

No obstante, las colecciones hechas en un solo verano, no podían dar idea completa de la vida animal en aquellas regiones, ni establecer un paralelo entre ella y la fauna de las demás tierras árticas ó de los depósitos de la tundra siberiana.

Por esta razón me llevé otro zoólogo durante todos los cruces que hicimos por el mar de Kara en la segunda expedición. Los resultados han sido esta vez tan brillantes como completos.»

Esto en cuanto á la parte científica. Respecto á la parte filosófica, á la vez que práctica del asunto puede afirmarse que con sus dos viajes al Yenisei, de exploración el primero y de confirmación el segundo, Nordenskiöld inauguró al Norte de Asia una vía marítima que ejercerá grandísima influencia en el desarrollo y en la prosperidad futura de esa Siberia, que por sus tesoros de oro, plata, cobre, hierro, grafito, carbón, marfil fósil, maderas, trigo, pieles y ganados, es uno de los países más ricos del Universo.

SEGUNDA PARTE

EL VIAJE AL ARTICO DEL VEGA

CAPITULO PRIMERO

MI LLEGADA Á SUECIA.—OTRA VEZ EN CAMINO.—MOTALA.—LA PRIMERA VISITA AL «VEGA».—REFORMAS EN EL BUQUE.—BUENA NOTICIA.—EL PERSONAL DE LA EXPEDICIÓN.—LOS TRINEOS.—UNA AVENTURA DE NORDENSKIOLD.—EL ARSENAL DE CARLSKRONA.—RUINAS Y SOLEDAD.—VUELTA Á ESTOCOLMO.—EL REY OSCAR II.—ESTOCOLMO.—LOS HOMBRES CÉLEBRES EN SUECIA.

CARLSKRONA 15 de Junio de 1878.
—Había hecho casi sin detenerme el viaje de Copenhague á Gothemburgo y de esta comercial ciudad á Estocolmo, cuando el día 10 de Junio una orden súbita del profesor Nordenskiold me obligó á emprender de nuevo el camino.

El ilustre jefe de la expedición me mandaba marchar á Carlskrona para ponerme allí á la disposición del teniente Palander, capitán del *Vega*, y embarcarme en el buque como oficial de á bordo.

La orden, despues de todo, me llenó de júbilo; al fin iba á ver al *Vega*.

Antes de ir á Carlskrona quise, sin embargo, visitar el célebre establecimiento metalúrgico de Motala.

Iba llevado, tanto por el deseo de enviar al profesor Nordenskiold pormenores sobre los adelantos de la construcción

del *Lena*, segundo buque de la expedición, como por la natural curiosidad de ver cómo se trabajan los famosos hierros y aceros de Suecia.

Al día siguiente de salir de Estocolmo me detenía, pues, en Motala, una de las más bonitas ciudades de Suecia, situada cerca del lugar en que desemboca al lago Wettern el canal de Gotha.

Cuando el almirante Platen concibió el grandioso proyecto de unir al mar Báltico con el mar del Norte, Motala se componía de unas cuantas casuchas habitadas por familias de pescadores, que apenas hallaban en el lago lo necesario para sustentarse; hoy cuenta de cinco á seis mil habitantes, y por su posición y lo saludable de su clima es de los puntos mas concurridos del reino.

Como Ismailia, hija del canal de Suez, Motala es hija del canal de Gotha: nació

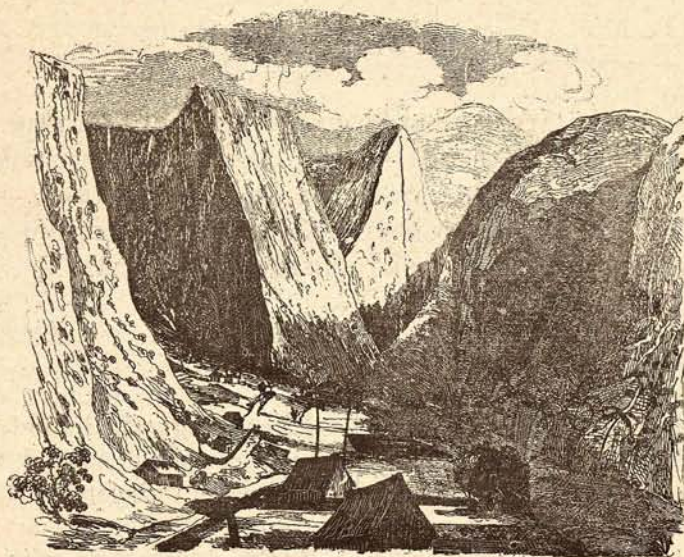
en pocos días, á los primeros golpes de piqueta que dió el ejército de trabajadores del almirante Platen, y ha sobrevivido á las obras.

*
**

Aparte de sus encantos como ciudad de recreo, ha llegado á ser el primer establecimiento metalúrgico de Suecia, y uno de los principales de Europa.

Los talleres de Motala producen los mas variados objetos de la industria moderna: vapores de hierro y de acero, máquinas de toda suerte, locomotoras, rails, corazas para buques, material para la fabricación de armas y pertrechos de guerra, láminas de acero, etc.; desde 1824 en que fueron fundados, hasta fines de 1877, habían salido de ellos más de 500 vapores, 400 máquinas y 1.000 calderas.

El día 13 llegué á Carlskrona, principal estación de la marina sueca, vastí-



JUNTO AL PUERTO DIXSON

simo arsenal obra del gran ingeniero, italiano de origen, Tessino.

A la llegada, mi primer acto fué preguntar donde estaba el *Vega*: todo el mundo lo sabía y varios trabajadores me acompañaron hasta señalármelo con la mano.

Un ruido atronador me recibió á manera de saludo al llegar al costado de aquel buque en que pronto surcaría los mares árticos: á bordo trabajaban sin descanso unas cuantas docenas de marineros y operarios.

Era un ir y venir continuo, una actividad que mareaba.

La máquina había sido desmontada y desarmada para pulimentar y engrasar todas sus piezas; la caldera se había bajado también á tierra para limpiarla, y en torno suyo diez ó doce herreros la golpeaban incesantemente con martillos y tenazas.

Los marineros limpiaban las sentinas, raspaban los suelos y los costados y quitaban todos los objetos inútiles para la expedición; los carpinteros trazaban ca-

marotes, sala de reunión, bibliotecas, gabinetes de trabajo, museos para conservar las colecciones de historia natural y, sobre todo martilleaban á porfía.

*
**

En medio de todo aquel estruendo se movía sereno, vigilándolo y dirigiéndolo todo, el capitán Palander, á quien desde luego me presenté poniéndome por completo á su disposición, según el deseo expresado por el profesor Nordenskiöld.

El capitán Palander explicó el plan seguido para las reformas que se hacían en el *Vega*, y una porción de pormenores, que me interesaron en gran manera, sobre la expedición y mis futuros compañeros de viaje.

El *Vega* no se hará á la mar el 1.º de Julio, como fué el primitivo proyecto, sino algunos días mas tarde.

Causan este retraso las inesperadas reparaciones que ha habido que hacer en el buque, tan importantes algunas de ellas, como las de poner arboladura y cordajes nuevos: los antiguos se hallaban en pésimo estado de conservación: la cantidad que con tal motivo hay que gastar no es nada insignificante, y Nordenskiöld se vé apurado de dinero, porque la suscripción pública á beneficio de la expedición cubrió extractamente la suma presupuestada en un principio.

En cambio de esta mala noticia recibo una que me alegra, y con justa razón: cada oficial de á bordo y cada uno de los individuos del estado mayor científico tendrá camarote aparte, lo suficientemente grande para contener una cómoda cama, un velador con escritorio, una diminuta biblioteca y los objetos indispensables para embellecerse, aun cuando sea en medio de los osos blancos.

La idea de dar un camarote á cada individuo del estado mayor ha sido exce-

lente: cualquiera que haya vivido algun tiempo á bordo, comprenderá la dicha de poseer un nido donde retirarse y á solas lanzar la imaginación á las regiones de la fantasía; otro inquilino es siempre un intruso.

*
**

Por lo demás, yo me quedo extasiado ante la habilidad, de que habrán hecho gasto sobrado, Nordenskiöld y Palander al formar el cuerpo de la expedición: y esto no precisamente porque faltara gente, ántes bien porque es incalculable el número de personas competentes que ambicionaban embarcarse en el *Vega*.

El número total de individuos de la expedición es hoy 30.

Componen la marinería 18 muchachos que son la salud misma y el entusiasmo personificado: fueron escogidos entre los 200 que desde el primer momento ofrecieron sus servicios á Palander.

Nos acompañarán además, tres noruegos, experimentados cazadores de morzas, hábiles en manejar el harpon, la vela, el remo y el timon.

El estado mayor se compone del profesor A. E. Nordenskiöld, jefe de la expedición; el teniente A. A. L. Palander, capitán del *Vega*; el teniente E. C. Brusewitz, segundo del *Vega*; el Dr. F. R. Kjellman, botánico; el Dr. Antonio Stuxberg, zoólogo; el Dr. Ernest Almquist, médico y botánico; el teniente Giacomo Bove, de la marina real italiana, maestro de velas y encargado de los cronómetros y de las observaciones astronómicas; el teniente Andreas Hovgaard de la marina real danesa, segundo de Palander y el teniente Oscar Nordqvist, del batallón de tiradores de la familia imperial rusa, intérprete y segundo zoólogo.

Palander y los doctores Kjellman y Stuxberg habían tomado parte en otras

expediciones árticas, organizadas por el profesor Nordenskiöld.

El Dr. Almquist, médico del *Vega*, disfruta en toda Suecia fama de valiente cirujano y profundo conocedor de las ciencias naturales.

Del teniente ruso Nordqvist, dice Nordenskiöld que es un cazador de fortuna y osadía: contamos con él para que sea en el *Vega* lo que fué Payer en el *Tegethoff*, es decir, el terror de los osos y el abastecedor de carne fresca á bordo.

*
**

En cuanto al plan del viaje, nada se ha variado. Lo único que observo de nuevo es que parece se quiere dar mayor importancia que hasta ahora á las expediciones en los trineos: con tal objeto se han mandado hacer otros dos, además de los dos que ya tenía el buque.

La primera intención de Nordenskiöld fué no emplear mas que hombres para tirar de los trineos; pero el aumento en el número de éstos y lo limitado del personal, le han obligado á traer unos cuantos perros, que no sólo servirán de animales de tiro, sinó tambien de perros de caza en las exploraciones que emprendamos.

Si en Spitzberga, cuando la expedición de 1868, Nordenskiöld hubiera llevado consigo un perro de caza, se habría ahorrado la poco grata sorpresa de encontrarse, al alzar los ojos que tenía fijos en un teodolito, de manos á boca con un oso que le estaba haciendo centinela, maravillado de ver en sus propios dominios un sér de tan diversa raza que él.

Por fortuna, el oso era pequeño y aquel día las piernas del profesor Nordenskiöld hicieron verdaderos prodigios...

En los momentos que me quedan libres recorro las diversas dependencias del arsenal, que ocupa más de las dos

terceras partes de la isla en que se asienta Carlskrona.

Al entrar en él vienen á la memoria los tiempos en que el Báltico se cubría de aquellas apiñadas escuadras de buques suecos que hacían temblar á Rusia y ponerse en guardia á Inglaterra: hoy los talleres se hallan despoblados, vacíos los almacenes y los muelles, desiertas las fábricas, y allí donde se alzaban montes de proyectiles y se alineaban millares de cañones, crece pacíficamente la yerba y reina el silencio de la soledad.

Los últimos adelantos en el arte de la guerra han arruinado la marina militar de los pequeños Estados: serían precisos los presupuestos de tres ó cuatro años del ministerio de Marina sueco, para poder construir un buque como el *Duilio*.

Con razón ha dicho un distinguido almirante, que la supremacía de la marina militar en los futuros tiempos, pertenecerá exclusivamente á la nación más rica.

En los buques anclados en la rada ví las dos famosas compañías de grumetes de 14 á 16 años que educa el gobierno: aquellos 400 muchachos son la esperanza de la marina patria del porvenir.

*
**

Estocolmo 16 de Junio.—El capitán Pander me ha concedido licencia, y héme de nuevo en la capital de Suecia, á fin de presentarme á las personas para quienes tengo un montón de recomendaciones.

Hoy he sido recibido por S. M. el rey de Suecia y Noruega en su despacho particular. La conversación giró naturalmente sobre el viaje del *Vega*, y S. M. mostró mucha confianza en el buen éxito de la empresa.

«Habrà mucho que trabajar, muchos obstáculos que vencer, — dijo; — pero vuestras penalidades se verán recom-pensadas.»

Oscar II ha heredado de su hermano Cárlos XV, no sólo el trono, sino también el título de protector de las ciencias y de las artes: preside las sesiones extraordinarias de las academias, de que es presidente honorario; asiste á las discusiones de los sabios; fomenta con su ejem-

plo la música; protege á los artistas pobres; en una palabra, reúne en torno suyo cuantos talentos más notables encierran sus reinos.

Gracias á la amabilidad de los profesores Nordenskiöld, Rystrom, Rubenson y Berg, y á la fama que ya habían adquiri-



RARAS MUESTRAS DE VEGETACIÓN SIBERIANA

do el *Vega* y sus tripulantes, de quienes se hablaba mucho, he hallado franca entrada en todos los museos, academias y sociedades, áun en las de más difícil acceso, tales como el Círculo de los Artistas de Escandinavia, donde no se puede entrar sin haber ilustrado á la patria con algun hecho importante en las ciencias ó en las artes, y donde son por completo inútiles las riquezas y la nobleza heredada.

*
* *

Estocolmo me mareaba al principio: al querer abarcar su bellísimo panorama con una sola mirada, giraba ante mi vista un caos de islas, lagos, bosques y aldeas; luégo las islas fueron poco á poco adquiriendo forma, tornaron los lagos á sus límites naturales, las aldeas se destacaron del confuso fondo y los bosques no extendieron su verde dominio más allá de dondè en realidad lo tenían.

Los edificios públicos son generalmente de buen gusto y bien acondicionados para el objeto á que están destinados. Yo los ví casi todos, pero mis dos primeras

visitas fueron al Palacio Real y á la Academia de Ciencias,—la llamada Academia de Estocolmo, para distinguirla de las mil otras de ciencias que hay en la capital.

El Palacio Real es el edificio más bello que tiene Estocolmo; fué construído en tiempo de Cárlos XII, segun los diseños de Tessino, el célebre arquitecto; pero quien hizo principiari las obras fué Cárlos XI, que murió á los pocos meses.

Cuéntase que cuatro ó cinco semanas despues de la muerte de Cárlos XI se declaró en el principiado palacio un voráz incendio que redujo á cenizas cuanto de él estaba hecho: el cuerpo del difunto monarca se hallaba todavía expuesto en una de las salas, y grandes fueron los riesgos que se corrieron para rescatar el cadáver.

En cuanto á la Academia de Ciencias, bastaría por sí sola para ilustrar cualquier ciudad.

La Academia de Estocolmo fué fundada en 1793 por Linneo, que la inauguró con aquella afamadísima lectura que en breve derrumbó las antiguas teorías existentes en materia de ciencias naturales; todos los años en el día del aniversario de esta lectura, celebra la Academia una sesión extraordinaria, á la que se consideran obligados á asistir el rey y los príncipes de la real familia.

*
* *

El museo de la Academia contiene tesoros en objetos de las regiones polares traídos por las numerosas expediciones

que Suecia ha mandado á los mares árticos.

El gabinete mineralógico es uno de los mejores del mundo: su director es Nordenskiöld; allí se admira el trozo más grande que existe de hierro meteórico; fué traído de la costa oriental de Groenlandia por el célebre explorador que es hoy mi jefe.

Sería tan imposible enumerar las academias, bibliotecas, museos, salas de lectura y exposiciones permanentes de Estocolmo, como describir la belleza de sus calles y paseos.

En cuanto á los monumentos, ningun otro país honra tanto á sus glorias nacionales como Suecia: las plazas de la capital apenas pueden contener las estatuas y monumentos que las adornan; véñese cubiertos de inscripciones los edificios públicos.

Berzelio, Linneo y Bellmann tienen monumentos que rivalizan en suntuosidad con los de Gustavo Adolfo, Cárlos XII y Gustavo III.

Pero para ver con qué pasión se honra la memoria de los ilustres, es preciso visitar el Museo Nacional: allí se conservan religiosamente cuantos objetos pertenecieron á Linneo, á Bellman y á Berzelio, y los suecos pasan con un respeto más que religioso ante el violin que Bellman componía sus patrióticas canciones, y se detienen sobrecogidos de veneración ante los instrumentos con que trabajaban Berzelio y Linneo.

Ni una voz ni un gesto que no sean respetuosos se escuchan ni se ven allí. Aquel es el templo del genio.



RUSIA

EUROPA
SUECIA Y NORUEGA

HOLANDA



- 1 Ruso, orillas del volga.
- 2 Mujeres de Zorjok.
- 3 Ruso del Gobierno de Brel.
- 4 Novios de Hitterdalen (Noruega.)

- 5 Niña noruega.
- 6 Sueco vendedor de relojes.
- 7 Noruego (Setesdalen)
- 8 Zalandes.

- 9 Vendedora de pescado de Sehe-
veningen.
- 10 Pescadora de Volendam.
- 11 Lechera de Rotterdam.

CAPITULO SEGUNDO

LA HISTORIA DEL «VEGA».—OBRAS DE FORTIFICACIÓN.—PRECAUCIONES CONTRA LA HUMEDAD.—LLEGAMOS Á COPENHAGUE.—LA CAPITAL DE DINAMARCA.—LA TRAVESÍA Á GOTHENBURGO.—GOTHENBURGO.—EL BANQUETE DE DESPEDIDA.—¡A TROMSOE!

CARLSKRONA 20 de Junio.—El *Vega* ha salido del astillero, y se mece gallardo en medio de la bahía con los últimos estremecimientos que le imprime el ancla recién echada al agua: sólo le faltan unos cuantos hachazos y unas cuantas pinceladas para hallarse en disposición de confirmar con sus hazañas el nombre que ya se ha conquistado.

El *Vega* fué construído en Gothenburgo por una compañía de balleneros con el propósito preconcebido de mandarlo á los mares polares para la caza de la ballena.

En su construcción se introdujeron cuantas modificaciones exigía el uso á que se le destinaba. Tratábase, en efecto, de un buque apto, no ya para resistir al choque de los hielos, sino también para atacarlos en caso preciso.

A cada una de las partes de la armadura se dieron dimensiones mayores de las que se calculan para buques de igual porte. Para la quilla, así como para las demás piezas de resistencia, se empleó encina de Escania, que es una de las mejores y más fuertes que se conocen en construcción.

Para elaborar las tablas que habían de cubrir la cara exterior del buque, se hizo, sin embargo, uso de la encina del Norte de la Escandinavia, que aunque ménos fuerte que la de Escania, es más elástica y se plega con mayor facilidad.

Se forraron con esta especie de coraza de encina todas las partes vitales del barco.

La rueda de proa y el costado derecho de popa, fueron además resguardados con guarda-ruedas y guarda costados de respetable grueso.

Cuando se compró el *Vega* para el viaje de Nordenskiöld, llevaba ya hechas cuatro expediciones á las regiones árticas, con tal fortuna, que con el fruto de ellas se cubrieron los gastos de construcción y además pudieron repartirse los armadores un buen dividendo.

Después se le dejó algun tiempo en el puerto de Gothenburgo, y en él le encontró Palander cuando quiso traerle á Carlskrona para hacerle las necesarias reparaciones.

*
**

Al principio se pensó en forrar el buque con planchas de acero algunos decímetros más arriba y más abajo de la línea de flotación; pero se tuvo que abandonar la idea por el temor de hacer demasiado pesado el barco y de que se hundiese más de lo prudente, pues ya había sido bastante añadirle el peso de una contraquilla.

Esto no obstó para que los costados del *Vega* fueran reforzados con otras dos tablas de robustísima encina.

La única parte que se revistió de hierro fué la proa. A lo largo del tajamar y un buen trecho debajo de la quilla se colocó, mediante sólidas clavijas, una pieza de hierro cuya sección era la de un segmento de círculo; sobre dicha pieza se pusieron bandas horizontales de hierro, que abrazaban á ésta y al tajamar y que cubrían el punto de unión de las tablas sobrepuestas á los costados con las sobrepuestas para preservar la rueda de proa.

El grueso de las bandas de hierro varía entre uno y tres centímetros: á este último grueso pertenece la que hay clavada en la línea de flotación.

Poquísimas fueron las demás reparaciones que exigió el exterior del buque.

Para el interior fué ya otra cosa. Hubo que deshacer cuanto había hecho y dividir nuevamente el interior del buque, según el objeto á que se le destinaba y el aumento de personal.

Los alojamientos del estado mayor y de la marinería están en los dos castillos de popa y de proa.

La cámara de la marinería tiene cerca de siete metros de largo y todo el ancho que permiten los costados del buque en la línea de flotación.

Cada marinero tiene una cama para él solo y un armarito en que guardar sus ropas y demás efectos.

A popa de la cámara de la marinería hay dos cuadrados con sus correspondien-

tes camarotes: en el de la izquierda están alojados tres sub-oficiales (dos maquinistas y un jefe de la marinería); en el de la derecha vivirán dos oficiales ó dos individuos del personal científico de la expedición.

En el cuadro de los sub-oficiales hay una pequeña biblioteca que servirá á la marinería durante los meses del invierno.

La puerta de entrada de los dos cuadros da á la cámara de proa, con la que comunican además por medio de ventanas de reja.

De esta suerte, la chimenea y la cocina que sirven para calentar la cámara de la marinería, caldearán también los camarotes de los oficiales y sub-oficiales que viven á proa.

*
* *

Bajo el castillo de popa están el cuarto de oficiales y los camarotes de siete de éstos.

Para evitar que la humedad penetre en la cámara de popa se han tomado cuantas precauciones y disposiciones sugiere la experiencia adquirida durante muchos viajes polares.

La escalera está fuera de la cámara y aislada en un cuartito donde ántes de entrar en la sala se dejan los abrigos y demás prendas de vestir que estén húmedas; un corredor une este cuartito á la sala á que dan las puertas de los camarotes donde viven los oficiales alojados en la popa.

Tanto en esta cámara como en la de marinería se ha hecho inflexible guerra á cuanto sea hierro ú otro cualquier metal que al quedar descubierto se convierte en inagotable manantial de humedad.

En efecto, como quiera que los metales conservan siempre una temperatura bastante inferior á la del ambiente en que se hallan, en las regiones frías se transforman en activos condensadores del vapor

que producen la respiración y la presencia de las personas, los manjares calientes y las ropas que se secan.

Para evitar humedad tan gravemente perjudicial á la salud, todos los objetos de metal han sido forrados de fieltro y de madera.

Las paredes de las habitaciones no son tampoco como las de los demás buques: así, por ejemplo, sobre los tablonces que forman los costados, han puesto una capa de cartón prensado, y sobre éste y sepa-

radas de él algunos centímetros, tablas de pino, que son las paredes con que nos hallamos en contacto; por el espacio hueco que hay entre el cartón y el tabique de pino circula aire caliente, que con la chimenea de los cuadrados mantiene á los camarotes en una temperatura de 15° á 16°.

*
* *



HALLAZGO EN UNA GRUTA DE SIBERIA

La máquina es de cilindros verticales (pistones), sistema de doble reacción. Aunque no tiene más que una fuerza de 60 caballos de vapor, puede desarrollar á todo vapor una fuerza de 300, que imprimen al buque una velocidad media de cerca de seis millas por hora con un consumo de quinientos gramos en igual espacio de tiempo.

La caldera es cilíndrica, tubular y con dos hornillos. La cantidad de carbón embarcado en el *Vega* y que embarcará al llegar á Tromsøe, será tal que le permita andar seis millas, es decir, desde Tromsøe, á Kamschatka.

Además de esto se cuenta con cien toneladas de carbón que habrá llevado á la embocadura del Yenisei un buque que salió para allá á principios del mes.

No nos fiamos mucho de este depósito, pues sabido es lo inseguro de la navegación del mar de Kara, sobre todo para buques de vela.

Gran parte del carbón está almacenado en sólidas cajas que, apoyadas unas en otras y contra los flancos del *Vega*, sirven para dar mayor consistencia al buque y ayudan á resistir á la presión externa del hielo.

La parte de corredor reservado detras

de los alojamientos del estado mayor y de la marinería se destina para almacenar en él las provisiones y todos los objetos de recambio del buque: entre éstos figuran un timón y un hélice, para caso de accidente.

Los cordajes y parte de la arboladura son del arsenal de Carlskrona. La expedición va provista de seis embarcaciones, cuatro botes, un vaporcito y una barca de vela.

Los botes y la barca de vela me parecen muy fuertes y responden al objeto para que han sido construidos; no puedo decir lo mismo del vaporcito, que es algún tanto débil y poco apropiado para la navegación á que se le destina. El vaporcito tiene por misión abrir camino al *Vega*, explorando los pasos difíciles, y servir para todas las excursiones que se hagan por ríos, fiords y canales y á lo largo de la costa siberiana.

*
* *

Copenhague 28 de Junio.—Salimos de Carlskrona el día 26 del presente mes, despues de haber dado la última mano á las reformas, tanto exteriores como interiores, que exigía el buque, y de terminar los postreros preparativos indispensables á nuestra larga navegación.

Copenhague fué nuestro primer punto de arribada. Puerto magnífico por su situación, al par que por su animación; ciudad bonita, toda moderna, algún tanto parecida por los canales que la cortan á algunas ciudades holandesas.

Por las calles gran movimiento: la capital de Dinamarca, además de encerrar dentro de sus muros la octava parte de la población del reino y mayor número de habitantes que todas las demás ciudades de provincia reunidas, merece en justicia el apelativo de capital y puerto del Nor-

te de Europa, más bien que el de capital de un reino decadente.

El pocotiempos que aquí pasamos transcurre agradablemente. Recibimos primero la visita del señor Negri Cristoforo, presidente y fundador de la Sociedad Geográfica italiana, que había venido á Copenhague para despedirse del teniente Bove

Vino luego á vernos el almirante Steen Bille, presidente de la Sociedad Geográfica danesa, fundada hace dos años, hombre que no obstante sus 84 años, parece jóven de cuerpo y lo es desde luego de imaginación: mucho hablamos de viajes, y él nos contó uno que hizo en la India en la *Galatea*, hace medio siglo, describiendo con gran detenimiento en su narrativa las magníficas islas del golfo de Bengala, de las que conserva fresco y feliz recuerdo.

Muy cortés se mostró también con nosotros el conde de la Cruz, que despues de invitarnos á su mesa, vino con su señora á bordo.

Yo les enseñé los trabajos hechos, el método de aislamiento de los cuartos de oficiales con la parte interior del buque, la manera que se tuvo de reforzar la proa y la cantidad verdaderamente enorme de provisiones, víveres y materias antiescorbúticas que teníamos á bordo.

No nos parece menos agradable el tiempo cuando bajamos á tierra: somos en Copenhague héroes rodeados con toda la aureola de tales, lo cual no deja de ser grato en una capital cuyo bello sexo goza de justificada fama de donosura.

*
* *

Gothemburgo 30 de Junio.—El *Vega*, en el que tengo el honor de hallarme, está próximo á zarpar para Tromsøe con objeto de que acompañado del *Lena*, pueda dirigirse desde allí á las aguas de la

Siberia, y si Dios quiere, al estrecho de Beheringr, ealizando de esta suerte el gran paso del Nordeste, problema geográfico cuya solución se está buscando desde hace tres siglos, aunque siempre con escaso fruto.

Hemos hecho el viaje de Copenhague á Gothemburgo, acompañados por el señor Negri Cristoforo y su hijo.

El fundador de la Sociedad Geográfica italiana es hombre de unos 60 años y de trato encantador.

Durante la travesía probamos de todos los víveres y conservas destinadas, tanto á los oficiales como á los marineros, aunque no fuimos escogiendo, sino que probamos de donde primero ocurría; resultó del experimento que nuestras provisiones eran excelentes; si el buen alimento sirve para alejar al escorbuto, no sufrirémos nosotros los indecibles padecimientos que diezmaron la última expedición inglesa al Polo Norte.

En breve principiamos á surcar las olas del Gotha, y nos hallamos á vista de Gothemburgo.

Gothemburgo es la segunda ciudad de Suecia en población, y la primera en comercio; ella sola sostiene más tráfico que todo el resto del reino.

Está situada en la embocadura del Gotha, que forma allí uno de los mejores puertos que se conocen. Fué fundada en 1619 por Gustavo Adolfo, que para poblarla llamó á gran número de holandeses y escoceses y les concedió tierras y privilegios.

Por su posición, y sobre todo por la actividad de sus primeros habitantes, Gothemburgo se convirtió en poco tiempo en importantísima ciudad, reconcentrando en sí casi todo el comercio que estaba en manos de los daneses.

Resentida de ello Dinamarca, cuantas guerras suscitó y mantuvo con los suecos fueron siempre principalmente encamina-

das á dar un golpe mortal á Gothemburgo; pero á pesar de todas las guerras y epidemias que diversas veces la destruyeron, la ciudad prosperaba maravillosamente, y tras cada desastre se levantaba más bella, más rica y más llena de vida.

*
**

El comercio de Gothemburgo adquirió extraordinario incremento, cuando el bloqueo continental que ideó Napoleón en daño de Inglaterra.

Gothemburgo fué incluída en el número de las ciudades que debían cerrar sus puertas á los buques ingleses, pero los mercaderes suecos supieron burlar tan á la perfección la vigilancia de las autoridades francesas, que llegaron á ser el centro de todo el comercio de la Gran Bretaña con el Continente.

Gothemburgo se asemeja bastante á las ciudades flamencas. Sus calles son anchas y llanas, limpiás y cortadas por numerosos canales, siempre cubiertos de embarcaciones y sobre los cuales se alzan bellísimos puentes.

Los monumentos son tambien muchos, ricos y de buen gusto, y pintorescos los alrededores; pero yo apenas tuve tiempo para visitar unos y otros.

En Gothemburgo teníamos que reunirnos al profesor Nordenskiold y á los demás individuos del estado mayor científico que habían quedado en venir por tierra desde Estocolmo.

Esperándoles pasamos el tiempo, mas que en recorrer la ciudad, en arreglar con el mayor orden posible los innumerables fardos de víveres, lanas y demás efectos que todavía llegan á bordo.

*
**

Mañana aguardamos la llegada de la comisión científica, y pasado mañana se

hallarán reunidos todos los individuos de la expedición en un banquete que da el señor Dickson, rico comerciante de esta ciudad, Mecénas que lleva gastados unos cuantos millones en subvencionar expediciones árticas: él ha costeado en gran parte casi todas las del profesor Nordenskiöld.

A este banquete asistirá probablemente el conde von Otter, hoy ministro de marina, y capitán del *Sofía* cuando la expedición polar de Nordenskiöld en este buque en 1868; el señor Negri Cristoforo y su hijo, y también varios sábios y geógrafos suecos, noruegos, daneses y alemanes que llegarán mañana, tomarán parte en él.

Todos vienen con el exclusivo propósito de presenciar la salida del *Vega*.

Nuestra impaciencia mientras tanto es grande. Todos sentimos viva ansiedad

por hallarnos en las aguas de la Siberia.

La sed de gloria nos devora y en las emociones que nos embargan tiene entrada ese vago temor que asalta siempre en el comienzo de las grandes empresas cuyo éxito mora en la oscuridad de lo incierto; ese vago temor es, sin embargo, generoso: más se teme el desencanto de la derrota, que á la muerte con gloria.

Pero si las fuerzas físicas y morales bastan para doblegar á la naturaleza, vencerémos.

El buque es fuerte y corta bien los mares; la tripulación buena y llena de entusiasmo y decisión; experimentada la oficialidad. Encontrarémos dificultades y peligros, mas tenemos adelante nobles ejemplos y nobles fines.

En Tromsoe nos aguarda el *Lena*, nuestro compañero de expedición hasta los ríos siberianos. ¡A Tromsoe!

CAPITULO TERCERO

LA DESPEDIDA.—LA BAHÍA DE LA MISERIA.—EL TEMPORAL.—EL BUQUE FANTASMA.—EL «VEGA» HACE AGUA.—DIARIO DEL BUQUE.—UNA PREDICCIÓN DE NUESTRO ZOÓLOGO.—ISLAS FANTÁSTICAS.—LA ÚLTIMA ESTACIÓN.—TROMSOE.

EN el mar, día 4 de Junio.— Hoy, á las cinco de la tarde, hemos salido de Gothemburgo con dirección á Tromsoe.

Nuestra partida se efectuó sin ruido. Apenas un centenar de personas, que por casualidad se hallaban en los muelles y en la playa, presenciaron el acto de levar anclas. Al pasar por delante de la cañonera sueca *Gounil*, un grupo de marineros se amontonó en las bandas, lanzando repetidos *hurrahs*, que se nos antojaron otros tantos augurios de feliz viaje.

La tripulación del vapor inglés *Orlando*, que echaba anclas al zarpar nosotros, saludó nuestro paso de igual modo; ¡felicidades y consoladoras despedidas! Silenciosos, con la esperanza en el alma, principiamos luego á cortar las olas tranquilas del Gotha, desfilando rápidamente ante los innumerables buques que aguardaban se levantase el viento para ir á llevar á las cinco partes del mundo los ricos productos de Suecia.

A la altura del puerto Elsborg dejamos al piloto. Para los buques que entran ó salen de Gothemburgo es indispensable las primeras veces el piloto, pues islas, escollos y bancos numerosos se hallan

diseminados en la embocadura del río Gotha haciendo que la barra sea difícil y peligrosa, á pesar de que el gobierno ha mandado colocar en la costa muchos puntos de reconocimiento, no habiendo riesgo que no esté indicado con boyas de diversos colores y otras señales análogas.

Pasadas las últimas islas del Gotha, doblamos á cinco ó seis millas de la costa el cabo Eskagens, la punta mas septentrional del Yutland.

En él se ven dos faros; uno de primer orden en tierra y otro flotante de cuarto orden, anclado junto á un banco que hay á dos millas y media del cabo.

A pesar de cuantos esfuerzos ha hecho el gobierno para disminuir los peligros y asegurar la navegación del Eskarregack y del Cattegat, son tan frecuentes y desastrosos los naufragios que ocurren en la costa septentrional del Yutland, que la bahía que se extiende desde el cabo Hantolmen á la punta Eskagens, ha sido confirmada con el nombre poco tranquilizador de bahía de la Miseria.

Las fuertes corrientes que reinan la mayor parte del año en el Eskarregack, las densas nieblas que cubren las bajas é inhospitalarias costas de Dinamarca, las



DE LA SIBERIA ORIENTAL.

tempestades que visitan aquellos mares, son causa de tales y tantos naufragios.

*
**

Dia 6 de Julio.—Anteanoche avistamos el faro de Eskagens, y casi al mismo tiempo el viento, que ya soplaba bastante fresco, acrecentó en fuerza y se puso el mar tan grueso, que por la escasa potencia de nuestra máquina no pudimos

seguir avanzando por el derrotero prefijado.

Todo el dia de ayer tuvimos violentos golpes de lluvia y verdaderos vendavales, tan helados, que fué preciso vestirse de invierno: al ponerse el sol se calmó un poco el viento y pudimos seguir de nuevo nuestro camino en línea recta. Pero la calma duró poco.

Hoy al amanecer tornó á reforzarse el viento y las olas á hincharse: á las once

de la mañana apareció á sotavento la costa de Noruega, distante unas treinta millas del *Vega*, y despues de asegurarnos de nuestra posición, mediante las debidas observaciones astronómicas, nos hemos acercado á estas playas para esperar al abrigo de ellas á que pase el temporal.

Día 7 de Junio.—Hemos pasado la noche dentro del radio de los faros de Christiansand y de Ryvingen, y por la mañana, viendo que el barómetro anunciaba buen tiempo, nos pusimos en camino con dirección al cabo Lindanas, el mas meridional de Noruega.

Pero en estos mares no se debe tener la menor fé en el barómetro, pues á veces sube desmesuradamente y á poco sobrevienen violentas tempestades, tanto mas terribles, cuanto que cogen desprevenidos á los marineros; éste ha sido precisamente nuestro caso, porque fiándonos del barómetro, que seguía subiendo, abandonamos la costa y de improviso nos sobrecogió un temporal mas fuerte aun que el de ayer.

A poco, sin embargo, cambió por completo el viento y hemos podido continuar tranquilamente nuestro camino, seguidos de una verdadera escuadra de embarcaciones que, como nosotros, buscaron refugio en las ensenadas de los alrededores.

Vamos bordeando la costa: de ella arrancan los altos y nevados picos de los montes Dofrines, cuyas siluetas se pierden al Norte.

*
**

Día 8 de Junio.—De las veintitantas embarcaciones que habían abandonado los fondeaderos de la costa, no quedaban á nuestro alrededor esta mañana mas que cuatro ó cinco, que con las gavias bajas é hinchado el poco trapo que

no llevaban recogido, iban á todo andar; de las demás, algunas surgen todavía de vez en cuando en el horizonte huyendo rápidamente á popa.

A la una pasó á barlovento un barco tan roto de bandas, y considerando el estado del tiempo, con tanto trapo, que desde luego excitó nuestra inquietud. Mientras estuvo dentro del radio de los anteojos, no le perdimos de vista.

Cualquiera habría dicho que era un barco abandonado: izamos nuestra bandera y él no izó la suya; le preguntamos por medio de las señales internacionales de donde venia y no contestó ni se vieron en él indicios de que se había apercebido de nuestras preguntas.

De noche, y á la luz de la luna, aquel barco habría parecido el famoso *buque fantasma* de la leyenda. Pero en pleno día, con ráfagas de viento que resonaban en las velas como descargas de artillería y las olas barriendo la cubierta, no había tiempo para abandonarse á consideraciones poéticas; en lo que sí pensamos es en las vidas y en los buques que se pierden por la incapacidad, la imprudencia ó el falso amor propio de sus capitanes.

Principian á calmarse el viento y el mar.

*
**

Día 10 de Junio.—El buen tiempo, aminorando el movimiento del buque, ha producido excelentes efectos en el personal científico de la expedición, que durante los primeros días del viaje se había eclipsado hasta el punto de no comparecer á la mesa.

Me felicito de ello tanto mas, cuanto que aparte de la animación que cobra el *Vega*, voy conociendo y apreciando á mis compañeros de viaje: todos merecen por su saber el puesto que ocupan en la expedición, y en cuanto á carácter, ofre-

cen los rasgos distintivos de su raza, es decir, son atentos sin indiscreción, alegres sin locura, decididos sin violencia.

Por sus gustos é inclinaciones y lo cortés de sus modales, los suecos justifican el apodo de «franceses del Norte.»

Hoy se ha descubierto que el *Vega* hace agua. El sobrecargo de carbón y de provisiones está humedecido con el agua que penetra por alguna raja mal tapada cuando calafatearon el buque. Ahora entran unos 25 centímetros de agua por día, y con media hora de bomba ponemos á seco la cala.

Ha sobrevenido la calma y hemos tenido que caldear la máquina para poder avanzar algo, así como para vencer la fuerza de las corrientes que hay á la altura de Stavanger, aldea situada á 50 millas al Sur de Bergen; mientras se calentaba la caldera la corriente nos llevó tan cerca de la costa noruega, que veíamos perfectamente hasta los mas pequeños accidentes del terreno.

*
**

Día 17 de Junio. —El día 15 por la mañana pasamos por en medio de una verdadera flota de barcos pescadores del arenque y del bacalao, que tanto abundan en los innumerables bancos que se extiende á lo largo de la costa del Sur al Norte de Noruega.

A juzgar por los trabajos que observamos en una barca, y por los gritos de alegría que se escuchaban al pasar junto á ella, la pesca debía ser abundante. El doctor Stuxberg, previendo que con tal riqueza de pescado no podian estar lejos las ballenas, aconsejó con el porta-voz á los pescadores que estuvieran sobre aviso, porque antes de ponerse el sol verían aparecer sobre las olas el negruzco lomo de alguno de los inmensos cetáceos.

Nada contestaron los noruegos. El sol

se puso, las predicciones de nuestro zoólogo principiaban á ser objeto de alguna que otra chanza, cuando á unas cuatro millas vimos en el horizonte alzarse sobre la superficie del mar una inmensa columna de agua, é inmediatamente despues apareció una ballena que se dirigía en línea recta sobre nosotros; á poca distancia del buque torció el rumbo hácia el Noroeste, y en breve la perdimos de vista.

*
**

A cada paso encontramos ahora alguna isla en nuestro camino. Al Sur de las Lofoden no hay ninguna comparable en extensión á Hindse, Senyen, Socroe y Langoe; pero se cuentan por centenares las que son lo suficiente grandes para dar abrigo á familias pescadoras ó labradoras y pasto á sus ganados.

Entre estas islas del litoral que tienen que evitar los marinos, y que les sirven para reconocer su posición, hay muchas que se distinguen por lo extraño de su forma: las comparan á torres, á castillos, á animales, etc.

El Staven ó «Palo del Gigante,» es una roca alta y delgada, á cuyo alrededor hay siempre revoloteando apiñadas bandadas de aves; otra, el Hestmanden, es un jinete envuelto en su manto, que camina eternamente entre la niebla y la tempestad; la más conocida de todas es la Torghatten, roca de 241 metros de elevación, que en el centro tiene una gruta de 270 metros de largo, de singular regularidad y paralela á la costa de tierra firme.

De sus dos pórticos ó entradas, uno tiene 66 metros y el otro 36. Los viajeros penetran en esta caverna para contemplar, como al través de maravilloso telescopio, el espectáculo del mar con sus islas, sus escollos y sus buques.

Segun la leyenda, este enorme agujero fué hecho por la flecha de un gigante, cuyo busto petrificado se vé todavía á algunos kilómetros más allá.

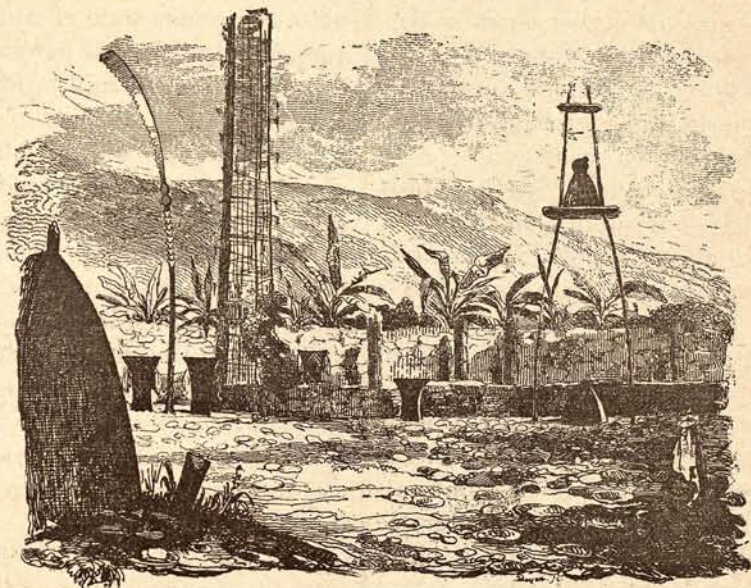
*
**

Esta mañana penetramos en el canal de Lofoden. Desde que Forbes visitó á las Lofoden muchos viajeros han comparado los agudos picos de sus montes con la mandíbula de un tiburón. La comparación es exacta.

En algunas de estas islas es tan aguda la cima de la cordillera, que no hay medio de mantenerse de pié sinó montado, con una pierna en cada ladera.

A derecha y á izquierda, los paisajes varían por completo: á un lado, el laberinto de islas, estrechos, fiords y montes; á otro, los escollos exteriores y el mar sin límites.

El contraste no es ménos notable entre las laderas que se inclinan al Norte y las que van hácia el Sur: en éstas se extienden bellísimos y verdes prados sembra-



EN UN PARQUE DE TROMSØE

dos de flores; en aquéllas, rudos y negros peñascos cubiertos de cuando en cuando de musgo ó de helechos.

Cuando el *Vega* llegó á la mitad del canal nos sorprendió una niebla tan densa que no se veían desde popa los objetos colocados en el castillo de proa.

El canal está lleno de escollos y bancos y tuvimos que detenernos hasta que se disipó la niebla; pero cuando ocurrió este tan ansiado despejo, nos encontramos con que era muy difícil precisar la

posición y derrotero del buque en medio de aquel imposible laberinto.

Afortunadamente pasaron junto á nosotros dos grandes barcas cargadas de madera que con notable precisión se dirigían hácia uno de los pasos que nos rodeaban: cuando las vimos á cosa de una milla de distancia adoptamos un derrotero igual al suyo y el *Vega* siguió todos sus movimientos hasta el faro de Stangholmen, que está colocado á la embocadura del estrecho de Tiel.

En esta circunstancia, el capitán Palander dió pruebas de ser marino consumado: maravilla ver la habilidad con que dirigía el barco por entre aquellos centenares de islotes, escollos y canales.

El canal de Lofoden es peligroso, no sólo por los bancos que ocupan la mitad de su superficie, sino principalmente por las fuertes corrientes que en él reinan; de éstas, la más peligrosa es el célebre Maelstrom que cerca de la isla Rost y en ciertos meses del año forma tan violento remolino que no deja la menor esperanza de salvación á los barcos que desgraciadamente se aproximan demasiado á él.

La corriente del Maelstrom es el terror de los pescadores de Lofoden, que tienen razón en temerlo, porque no pasa año sin que haga algunas víctimas.

Una vez pasado el faro de Stangholmen, nos dirigimos al de Hiertholmen, desde el cual no era prudente aventurarse en el angosto canal sin un piloto á bordo.

Izamos, pues, la bandera de piloto; pero no viendo destacarse de tierra á ningun bote, Palander se decidió á pedir consejo al capitán de una de las barcas que ántes seguimos y que habíamos alcanzado: en recompensa, Palander se comprometió á remolcar la barca hasta Tromsøe, adonde iba destinada.

A poco trecho, llegó á bordo un piloto, y cortando el cabo de remolque nos lanzamos á todo andar por en medio de las altas montañas, en cuyo centro corre el estrecho de Tiel.

*
**

Tromsøe 29 de julio.—Veinticuatro horas despues de entrar en el estrecho de Tiel, es decir, ayer á las tres de la tarde, anclábamos en la rada de Tromsøe.

Al ancla había allí buen número de buques mercantes, dos vapores postales y

una multitud de barcas pescadoras. La forma de estas últimas es verdaderamente noruega y tiene su origen en las barcas de los antiguos piratas, los dragones del mar: la proa se eleva en ellas ondulante como el cuerpo de una serpiente, y nótese en la popa un alto castillo de madera que hoy sirve de refugio á los marineros durante la tempestad, pero que en los primeros tiempos fué fortaleza donde se retiraban los piratas cuando el enemigo entraba al abordaje en la barca.

Ni el velámen ni la arboladura han variado de forma: una sola vela y un solo palo componen todo el equipo de estas audaces naves que se aventuraban millares y millares de millas por el inmenso mar.

Si hay alguna ciudad que pueda demostrar palpablemente cuáles y cuántas riquezas nacen del seno de las olas, esa ciudad será Tromsøe. ¿De dónde han salido los suntuosos y cómodos palacios que se reflejan en la tranquila superficie de la bahía? Del mar. ¿De dónde han surgido las pintorescas quintas que á manera de corona circundan la ciudad y que la actividad del hombre ha embellecido con una vegetación casi tropical á los 70° de latitud? Del mar.

Y al mar lo debe todo Tromsøe, porque nada produce allí una tierra cubierta de nieves y de hielos la mayor parte del año. Estos días la ciudad se halla casi desierta. La mitad, cuando ménos, de la población adulta, está en el mar consagrada á la caza de la ballena, y la pesca del arenque y del bacalao.

Cuando llega el mes de marzo salen de Tromsøe los barcos pescadores. Foyn, el célebre cazador de ballenas, da siempre el ejemplo, y las primeras columnas de humo que lanza la chimenea de su vaporcito son la señal de partida.

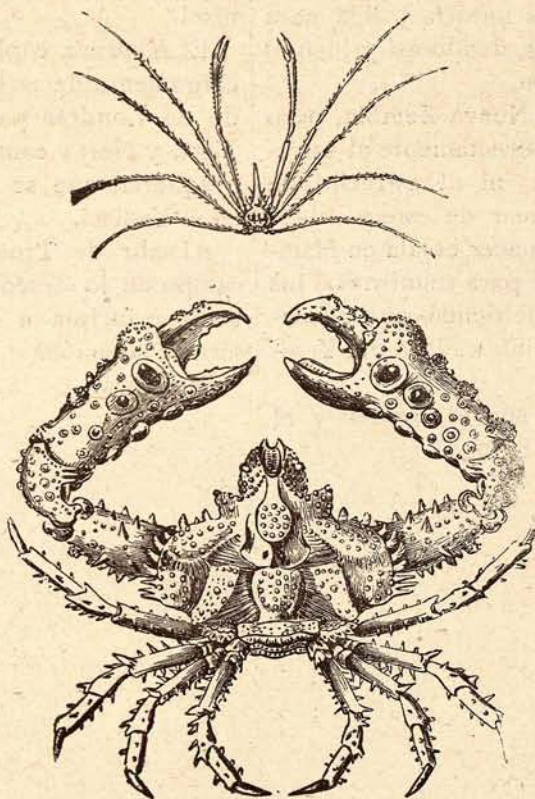
El regreso principia en los primeros días de setiembre: no á todos les es dado

volver á ver la patria; pero aquellos á quienes ayudó la fortuna, para librarse de hielos y tempestades, llegan á Tromsøe con el agua hasta lo alto de las bordas: tan cargados vienen.

*
**

Tromsøe es uno de los puestos avanzados de Europa en dirección al Polo; de aquí han salido en segundo término (el primero ha sido siempre Gothemburgo) todas las expediciones árticas suecas.

La naturaleza es bella en este país, pero de aspecto severo, y cuando llega



DE ENTRE LAS PEÑAS DEL ÁRTICO

la larga noche del invierno, á veces iluminada por los silenciosos cohetes de la aurora boreal, tiene algo de terrible.

No obstante esto, Tromsøe es sumamente alegre. Las fiestas, las danzas, las representaciones teatrales se suceden sin interrupción.

Los extranjeros son recibidos con verdadero júbilo, y los llevan de fiesta en fiesta y de banquete en banquete: yo he hallado no sé que semejan-

za entre los hábitos espléndidos de los comerciantes de Tromsøe y los de los famosos mercaderes de Marsella, Génova y Venecia.

En Tromsøe nos aguardaban el profesor Nordenskiöld y el *Lena*, el segundo buque de la expedición.

Este barco pertenece al comerciante ruso Sibiriakoff y nos acompañará hasta la desembocadura del río que lleva su nombre: al llegar allí tiene orden de su-

bir río arriba, hasta encontrar al representante de la casa Sibiriakoff para ponerse á su disposición.

El *Lena* es un bellissimo vaporcito de acero, de buen andar, gallardo, de 103 toneladas, construido en Motata y al mando del capitán Johannesen.

Nordenskiold ha decidido que pasado mañana efectuemos nuestra salida para los mares siberianos, dando así principio á nuestra expedición.

Pasaremos por la Nueva Zembla, pero no haremos rumbo directamente al estrecho de Matotchkin, ni al estrecho de Kara para pasar al mar de este nombre, sino que pensamos hacer escala en Hammerfest ó en Vadsoé para reunirnos á los otros dos buques que tienen que acompañarnos hasta la embocadura del Yenisei.

Estos dos buques son el *Fraser* y el

Express, exclusivamente de vapor el primero y exclusivamente de vela el segundo. El *Fraser*, capitán Nelsson, lleva cargamento de hierro y tabaco, y en el viaje de regreso tiene orden de traer por cuenta del Sr. Sibiriakoff 40.000 fanegas de trigo, 500 de sebo y alguna avena que habrá depositados en un pueblo del Yenisei.

El *Express*, capitán Guadersen, lleva cargamento de carbón de piedra comprado en Londres para la expedición del *Vega*, y cierta cantidad de sal para las pesquerías que se hallen ó se adquieran en el Yenisei.

Al salir de Tromsoe entramos en el campo de lo desconocido. Nuestro porvenir principia á ser problema. ¿Cuál será su solución?

Dios dirá.

CAPITULO CUARTO

TROMSOE.—EL CIDER.—LOS NORUEGOS.—ADELANTE.—TIERRA Á PROA.—LA NUEVA ZEMBLA.—VIAJEROS Y PESCADORES.

DIA 21 de Julio.—Todos los preparativos estaban terminados esta mañana: el suplemento de carbón á bordo; los demás objetos que ayer quedaron en tierra, embarcados.

Hemos levado anclas en medio de los repetidos vivas de la población entera, que desde la playa y desde los balcones de las casas que dan al mar nos saludaban con manos y sombreros.

Una parte de los habitantes nos ha venido acompañando buen trecho en lanchas y vapores; pero á las tres ó cuatro millas nos abandonó el que más pertinazmente nos había seguido.

Lentamente han ido extinguiéndose los alegres gritos con qué se despedían, cual si nos predijeran el triunfo. Ya no suena á nuestro alrededor el golpe de los remos.

Apenas si entre las brumas de la tarde se distingue á lo léjos alguna fugitiva vela.

Tromsoe, rica ciudad de airosos edificios, coronada de mágicos jardines, ha desaparecido: sólo queda de ella una blanca y lejana cenefa, que á cada vaivén del buque aparece y desaparece rompiendo el velo de nubes y olas que limitan el horizonte.

La noche ha cerrado. Un viento hú-

medo y frio sopla entre los cordajes, evocando en ellos lúgubres silbidos. Al retirarme pensativo á mi camarote me quedo adormecido, y entre mis sueños tornan á resonar, aunque confundidos, los ecos de los alegres vivas de la despedida, y los lúgubres silbidos del viento nocturno.

De los dos presagios ¿cuál triunfará?

*
**

Masoe, 25 de Julio.—Hace cuatro días que estamos en Masoe aguardando á que el viento y el mar se calmen algún tanto. Llegamos el día 22 por la noche con intención de no permanecer al ancla más que unas cuantas horas; pero de improviso se puso amenazador el tiempo, bajó el termómetro, y á las dos horas nos rodeaba niebla tan impenetrable, que habría sido empresa sobremanera arriesgada aventurarse en el laberinto de escollos, islas y bancos que, á semejanza de los del canal de Lofoden, circundan las costas septentrionales de la Noruega.

Estuvimos con la máquina caldeada, preparados para partir en cuanto aclarase el tiempo. La niebla se disipó, en efecto, pero fué gracias á un tan violento vendabal, que nuestra ancla cedió, y el

Vega se vió arrastrado á una distancia de más de doscientos metros, y por poco se tiende sobre el costado.

Cambiamos de fondeadero, echamos dos anclas bien afianzadas en vez de una, y Palander mandó apagar los fuegos, porque no había que pensar en reanudar la marcha con semejante tiempo.

Rudo golpe fué aquel contratiempo para nuestra impaciencia por sentar la planta en regiones menos exploradas.

El tiempo no transcurrió, sin embargo, lleno de tedio como suele ocurrir en tales casos, pues esperando á que subiera el barómetro hicimos numerosos desembarques.

Masoe es la aldea más septentrional de Europa. Se compone de unas diez ó doce casas que por su aspecto exterior y sus comodidades interiores revelan alto grado de cultura en los habitantes.

Aun cuando son pocas las familias que la habitan, Masoe ocupa un lugar importante en la pesquería y en el comercio de Noruega; el arenque y el bacalao son abundantísimos en sus mares; por otra parte, aquél es el centro del comercio del edredón ó pluma del cider (*anas mollísima*).

El cider permanece en Noruega durante el otoño y el invierno y emigra á regiones más elevadas en primavera y verano.

En las costas de Noruega, sobre todo en las septentrionales, el cider es ya casi un animal doméstico, y los habitantes de aquellas islas velan con el mayor cuidado por el bienestar de sus preciosos huéspedes: los respetan y quieren mucho y no dejan que los extranjeros visiten las islas en que se posan hasta que los ciders han emigrado.

El cider tiene la costumbre de volver siempre al mismo sitio con tal de que no le molesten durante el período de la incubación; los amos de los nidos no per-

donan medio alguno para asegurar el regreso del ave. No toman iguales precauciones los cazadores que visitan la isla de los osos y Spitzberga, pues no contentos con el riquísimo botín de pluma que recogen, hacen siempre amplia provisión de huevos—que son deliciosos—destruyendo así grandes esperanzas para las cosechas futuras.

*
* *

Cansados de la forzada espera, visitamos, además de la aldea, los alrededores de la bahía, y hasta hicimos una pequeña excursión á una isla vecina, en que nos dijeron debía estar acampada una tribu de lapones.

Atracamos, pues, á la isla con grandes dificultades, á causa de la resaca que era muy fuerte, y algunos tuvimos que echarnos al agua y hundirnos hasta la cintura para llegar á tierra.

Íbamos todos gozosos con la expectativa de examinar de cerca ese pueblo que va desapareciendo y retirándose ante la civilización que lentamente avanza hácia el Norte. ¡Cuál no sería nuestra desesperación al encontrarnos con el campamento abandonado!

Los lapones se habían marchado y los rastros aun recientes de sus trineos indicaban que su partida se efectuó pocas horas antes de nuestra llegada.

Unos cuantos montones de restos de pescados y de renos, revelaron también que se habían despedido de la isla con un espléndido banquete.

El teniente Hovgaard, el teniente Bove y yo nos vengamos tomando por asalto la alta montaña de Kvagfield. Desde ella disfrutamos del mas bello panorama que pueden contemplar ojos humanos.

La muerte y la soledad reinaban en la cumbre: tan sólo los bramidos de la tempestad y el seco rumor producido por la

lluvia al caer sobre las laderas del monte, rompían el triste silencio que nos rodeaba.

Cuando se disipó la niebla, cesando al mismo tiempo la lluvia, vimos hacia tierra, hasta mas allá del alcance de la vista, una interminable serie de altas montañas, colinas y valles, en medio de los cuales surgían inmensos picachos de hielo semejantes á pirámides de cristal y plata.

Día 27 de Julio.—Anteanoche se calmó el tiempo, y habiendo encendido la caldera y levado las anclas, nos dirigimos al canal de Magero, que separa la isla de igual nombre de tierra firme; habíamos tomado este rumbo para evitar el mar grueso de los días anteriores.

A las once menos cuarto de la noche salimos al mar abierto, despues de haber doblado el Cabo Norte (Nordikn). La calma no fué mas que momentánea.

A pocas millas del cabo volvió á soplar el viento, nos envolvió de nuevo la niebla, y para colmo de males, bajó á tal punto la temperatura, que temimos la vecindad de algun banco de hielo: fué preciso poner un vigía en el tonel que se coloca en los topes del palo mayor para que el marinero que hace guardia en él pueda ver los peligros á gran distancia en el Océano.

*
**

No obstante estos temores, no hemos tropezado hasta ahora con trozo alguno de hielo. Aquella noche perdimos de vista al *Lena*, y no es pequeña nuestra inquietud por no saber cómo resistirá el tiempo que hace.

Dejando atrás el Cabo Norte, nos dirigimos con viento de bolina hacia el Este. Aunque el profesor Nordenskiold tiene el propósito de penetrar en el mar de Kara por el estrecho mas meridional de

cuantos dan entrada en él, el llamado Estrecho de Yugor, pusimos á poco la proa al Norte.

Nordenskiold cree que el mejor camino para llegar al Estrecho de Yugor, no es el de hacer rumbo directo hacia él, sino que deben costearse ántes las playas occidentales de la Nueva Zembla desde la altura del Cabo del Ganso (Gaskap de unos y Gousinnoi de otros), costear luégo igualmente las riberas de la isla de Vaigatch Waigatz, Island de los ingleses) y cruzar el estrecho, manteniendo siempre el barco próximo á las costas del Norte.

En efecto, parece que la embocadura del Petchora es peligrosa, porque sus aguas forman un inmenso remolino que atrae y mantiene allí los hielos que derivan del Norte al Sur. Esta hipótesis explica las dificultades que encontraron tantos navegantes árticos al querer penetrar en el estrecho de Yugor, y porque son muchos los buques que en aquellos parajes se vieron súbitamente sorprendidos por los témpanos, y allí permanecieron meses y meses presos del hielo y de fuertes corrientes giratorias.

Día 29 de Julio.—A las once menos cuarto de la noche gritó ayer el vigía: «¡Tierra á proa!»

La voz que bajaba del crow's nest llegó hasta los más retirados camarotes, conmoviendo singularmente al personal del buque. Todo el mundo abandonó el lecho ó el estudio y en un momento estuvieron las bordas llenas de gente.

*
**

La tierra anunciada, aunque distante no más que 20 millas, aparecía desde el puente como una línea negra muy poco elevada sobre el horizonte, y podría haberse confundido fácilmente con una nubecilla á no ser por el fulgor fantásti-

co que de vez en cuando lanzaban los hielos, de que sin duda alguna se hallaban cubiertos sus montes.

Seguimos avanzando; de media en media hora echábamos la plomada y estudiábamos el fondo del mar, además de la profundidad. A las dos de la madrugada estábamos ya á cuatro millas de la costa y poco á poco nos acercamos hasta el punto de donde desde el sobrepunte se veían hasta los mas insignificantes detalles topográficos.

La tierra que teníamos delante se iba elevando gradualmente desde la playa hasta terminar en la cresta de una línea de colinas cuyas cimas llanas coronadas por hielos remedaban desde léjos torres y castillos.

De trecho en trecho, alguno de aquellos montes humillaba suavemente su altura, dejando entrever detras á otras que apenas eran visibles más que por el reflejo del sol sobre la cristalina blancura de sus nieves y de sus hielos... Un silencio lúgubre reinaba en aquel pais que parecía el de la desolación; nada que indicase la presencia de algun ser viviente y prestara movimiento á aquella inmensa soledad.

El horizonte estaba tan puro que nadie creería que nos hallábamos en el país de los hielos y de las borrascas de nieve.

Si ignorante de nuestra posición me hubiera despertado para contemplar aquel cielo tras prolongado sueño, habría creído á cada momento que el sol iba á salir para iluminar con sus rojos rayos el perfil de alguna montaña tropical: en vez de ésta alzábanse en frente del *Vega* apiñadas y altas columnatas de hielo, colocadas allí como para impedir el paso al hombre.

Aquella tierra era la misteriosa Nueva Zembla, la Nueva tierra, como la llaman

los rusos, tan largo tiempo cubierta por el velo del incógnito más profundo.

*
**

Todo el día hemos estado costeándola de cerca. El tiempo era magnífico y desde á bordo contemplábamos cómo desfilaba ante nuestros ojos el panorama.

Hemos visto las selvas de la Nueva Zembla, selvas extensas, pero selvas extrañas, sin rival en el mundo, iguales tan sólo á aquellas que debió soñar Swift para su país de Lliliput; en una palabra, selvas que se confunden con el musgo.

Compónenlas principalmente abedules enanos, sauces y cipreses que parecían yerba.

El árbol que más abunda es el sauce polar (*salix polaris*), que se eleva un centímetro ó centímetro y medio sobre el tapiz de líquen que cubre el suelo.

El gigante de la vegetación es el sauce lanudo (*salix lanata*), cuyos mejores ejemplares alcanzan la altura de quince centímetros.

Por las raíces, no por los troncos, crecen allí los árboles; de manera que puede decirse que los bosques de la Nueva Zembla, como los del Ural del Norte, son subterráneos; sin embargo, hay plantas en todas partes. La nieve y el hielo invaden casi todo el terreno.

Las rocas que el viento, el sol ó la niebla han limpiado de nieves, se presentan cubiertas de delgado y amarillo ó rojizo velo, que revela la vegetación de los líquenes.

En los breves espacios libres de la llanura las plantas prosperan, pero siempre floreciendo y echando sus frutos á flor de tierra.

Heuglin ha calculado que la flora de la Nueva Zembla se compone de 150 plantas tanerógamas y de otras tantas criptógamas.